

universo **centro**

Cualquier cosa, menos quietos

Número 127 - Febrero-marzo de 2022 - Distribución gratuita

www.universocentro.com.co



Reseña electoral

EL INGENIERO SOLITARIO

Rodolfo Hernández discute de política en las mañanas con su mamá de 97 años. La longevidad familiar hace innecesaria la fórmula vicepresidencial del candidato. Hernández se precia de ser antipolítico aunque comenzó a buscar votos en 1991 cuando llegó al concejo de Piedecuesta. Aunque nunca fue por allá: “A mí toda esa mamadera de gallo me harta...”, dijo hace poco recordando su manera de ejercer y despreciar la política. Su figura es relativamente nueva en nuestro tarjetón: no es patrón de finca sino de empresa. Y no amenaza con dar en la cara, lo suyo son los hechos, no las promesas. Encarna los peligros de un voluntarioso entrado en años. Piensa que el Congreso es un sindicato y que los antiguos territorios nacionales son unas fincas por conocer. Ha prometido una ciudad con billetes de Hágase rico para los presos en esas lejanías. Hernández tiene un tinte a Trump y un aire al cura Hoyos. Ha dicho que no vivirá en la Casa de Nariño: “Tiene muchas escalas”.

EL CANDIDATO OLÍMPICO

Alex Char, el candidato a primer acusado de la nación, no da declaraciones, no va a debates, no responde preguntas. Sería el primer presidente elegido por pasar de agache. Todo lo que diga podrá ser usado en su contra. Solo ha hecho dos grandes revelaciones en la campaña: toma tinto con ganas y almuerza caldo los sábados. La proteína la come por fuera de la casa. Los descuentos son su principal promesa de campaña, es sin duda un aspirante muy olímpico. La intensidad, cercana al acoso, es una de sus grandes virtudes para que obras sean amores. Para la vicepresidencia suena con fuerza Julio Avelino Comesaña y María Fernanda Cabal. Pero se inclina a jugar por la derecha. Ya fue el jefe de la Casa Blanca donde operaba Aída Merlano, ahora aspira a la sencilla Casa de Nariño: *House of Chars*.

ALIAS EL CANDIDATO

Federico Gutiérrez podría ser el jefe de escoltas de un presidente. Tiene los alardes del que dice no comer de nada, tuvo el helicóptero, le gustan desde niños los carritos de la policía. Solo tocaría buscarle el saco y las gafas oscuras. Su lema de campaña bien podría ser “Póngala como quiera”. El gran referente de sus discursos son los saludos desenfadados y sus cálidas despedidas, pero entre unos y otras no logra articular una idea. Saldría sin un peso de *Quién quiere ser millonario*. Todas sus respuestas son una pregunta sobre qué pasaría si Petro llega a ser presidente. En el tarjetón aparecerá como Fico, lo dice con orgullo de pelao. Niega ser el candidato de Uribe pero dice que reformaría el acuerdo con las Farc, que las mujeres que quieren abortar necesitan es acompañamiento psicológico, que la legalización de la marihuana alentaría la drogadicción. Lo único que no le gusta de Uribe es el 66 por ciento de opinión desfavorable. Ahora que Oscar Iván Zuluaga anda de tenis será difícil diferenciarlos. Los más ociosos dicen que votarán por él solo por verlo en el atril de Naciones Unidas: sería como ver a Suso en la Asamblea General de la ONU. En redes rodó el rumor de que Rosario Tijeras será su fórmula vicepresidencial. Recordando sus bots durante la alcaldía de Medellín ya se habla de la Bodega de Nariño en caso de su llegada a la presidencia.

EL HOMBRE DE LAS RESTAS

Sergio Fajardo le ha dado *play* al mismo casete durante tres campañas presidenciales: “Nosotros empezamos repartiendo volantes en las calles...”. Lo que pretendía ser una historia inspiradora se convirtió en cantaleta. Pero su gran característica en esta campaña es su paso de la moderación al desgano. Si Fajardo jugara en el Medellín, el equipo de sus amores, sería un volante pecho frío, sin llegada a gol y con el récord de no haber recibido una roja en toda su carrera. El turismo ecológico es su principal inclinación ideológica. Su rechazo a los partidos tradicionales ha hecho que sus campañas sean avaladas por partidos huecos: Así hace su política, componiendo conjuntos vacíos. Sumas y restos es la definición de su campaña. Dicen que hace unos meses descubrió la existencia de las redes sociales y que ahora se atreve a dar debates en Twitter, algo que lo hace ver como el Dalái Lama en un *ring* de boxeo. Para su fórmula presidencial suena Ingrid Betancourt, candidata del Frente de Liberación de las Maquinarias (FML). Fajardo no es ni liberal ni conservador, ni de derecha ni de izquierda, ni petrista ni uribista, ni de aquí ni de allá, ni frío ni caliente, ni paisa ni rolo... Fajardo es solo una incógnita muy conocida.

Aterciopelada flor de la pasión

por LUISA SALAZAR

Una pinta de infarto. Top negro con la espalda destapada. Pantalón satinado, negro también. Botas platineras vinotinto. Gafas oscuras, enormes y azules. Esos guantes, largos hasta arriba del codo, negros y con plumas. Y ella en esa pinta fabulosa, pura elegancia medio *glam rock*. Con la cabeza rapada, collar de corazón, pulsera y un anillo gigante sobre el guante.

El día anterior los de la disquera la mandaron de compras a buscar ropa que cuadrara con la estética del concierto y solo un par de días antes la habían invitado a cantar en él. Casi se muere de la emoción. Años después de ese toque todo el mundo lo seguía recordando y la seguía recordando por eso. Pero ella no volvió a verlo, ni a escucharlo por mucho tiempo. El público se la pedía y ella nunca la cantaba. Al fin de cuentas no era su canción, era una canción de alguien más que ella había hecho suya por un momento. Tendrían que pasar veintitrés años para que la volviera a interpretar.

Sube al escenario el 12 de marzo de 1996 cuando Cerati la presenta diciendo: “Vamos a invitar a una amiga que se llama Andrea, de Aterciopelados, estuvimos compartiendo esta gira por Estados Unidos, el frío de Estados Unidos”. Ese martes con esa pinta perfecta se sienta frente al micrófono en una silla alta. Al principio se la ve un poco tímida, con una timidez casi infantil que contrasta con su imagen de cantante fatal. Canta el primer coro. “Me dejarás dormir al amanecer entre tus piernas, entre tus piernas”. Su voz grave, nasal y profunda empieza a derramarse por la música. “Sabrás ocultarte bien y desaparecer entre la niebla, entre la niebla”. Parece medio en trance y su cuerpo empieza a moverse acompañando a la voz. “Un hombre alado extraña la tierra”. Y termina de hundirse en esa canción que parece un lago oscuro de corrientes subterráneas.

El año anterior Aterciopelados había sacado *El Dorado*, una joya de disco. Empezaron a sonar en Latinoamérica y fueron número uno en varios países con Bolero Falaz. Luego los invitaron a abrirle a Soda Stereo en una gira por Estados Unidos. Esa gira terminó en Miami y al final los argentinos iban a grabar el *unplugged* de MTV. Para Andrea fue una sorpresa verse de repente al lado de Cerati cantando juntos *En la ciudad de la furia*.

Vuelve a cantar para la segunda mitad de la canción. “Con la luz delll solll se derriten mis alas”. Y hace esa cosa tan suya que es alargar algunas palabras en las consonantes y no en las

vocales, un detalle que parece pequeño pero que hace que todo suene distinto sin saber por qué. Empieza a salir de lo profundo toda la emoción que se venía acumulando por días y eso salta a la vista y al oído. Para el próximo coro Andrea es pura emoción.

En los ochenta y principios de los noventa nadie venía a Colombia. Ni hablar de bandas importantes a dar conciertos. Quienes crecimos en esa época solo supimos qué era ir a un concierto de verdad ya grandes, después de la adolescencia. Pero Soda sí venía. Y uno de sus conciertos fue el primero al que Andrea fue en toda su vida. Tal vez por eso era tan fan de Soda y vivía medio enamorada de Cerati. Salir de gira con ellos fue increíble. Aterciopelados apenas estaba empezando y, aunque ya habían hecho *tours*, nunca nada así de profesional. Se iban con maletines para los viajes hasta que vieron que los de Soda iban con maletas de resina y rueditas. Ahí ya iban entendiendo cómo era el asunto, cómo era ser una banda profesional y famosa. Con sonido de primera y técnicos que cuidaban cada detalle. Esa fue una de las cosas que le dejó esa gira.

Justo antes de salir lo único que Andrea piensa es “que no se me olvide la letra, que no se me olvide la letra”. Por supuesto se le olvida la letra. O mejor dicho, no se le olvida, se confunde y la cambia. Empieza el coro final y ella desborda fuerza. Sigue sentada pero está llena de movimiento y parece que se va a salir de su propio cuerpo. “Sabrás ocultarte bien y desaparecer entre la niebla, entre la niebla. Un hombre alado extraña la noche”. Pero no es extraña, es prefiere. “Un hombre alado prefiere la noche”. Nada grave. Cerati canta la frase original apenas Andrea se equivoca y el error queda bella y deliciosamente inmortalizado. Nadie de la producción dice nada, nadie pide repetir la canción. Él incluso va un paso más allá y a la versión original le añade algo. “Un hombre alado prefiere esta noche”. Así esta versión se hace justo lo que es. Nueve minutos y doce segundos lentos, medio psicodélicos y con Andrea apropiándose de ellos y siendo una estrella. Ese desliz es parte esencial de esta versión. A veces en la música no hay errores, solo música.

El 15 de mayo del 2010 luego de un accidente cardiovascular que lo dejó en coma por cuatro años antes de morir. Pero dos días antes había tocado en Bogotá. Al final de ese concierto, frente a todo el público, saludó a los Aterciopelados y llamó a Andrea a subir al escenario. Él sabía que estaba entre el público porque ella había hablado con

los organizadores para conseguir boletas. Y en efecto, fue al concierto con su esposo y su hija pequeña que en la mitad del concierto se cansó y se puso a llorar, así que se fueron temprano. No estaba ya ahí cuando Cerati la llamó.

En la música está una de las claves para entender que hay momentos en los que el tiempo no parece ir en línea recta sino en una espiral que asciende y desciende simultáneamente, y hay algún mecanismo de nuestra memoria que accede a esta espiral por medio de la música. El caso es que entre todas las cosas que pasaron en 1996 ese *unplugged* se quedó y sigue sonando cada tanto. Andrea ya es otra pero también sigue siendo esa que cantó *En la ciudad de la furia*. Toda la emoción contenida en esa canción sigue intacta.

El nombre de Aterciopelados viene de una frase de Simone de Beauvoir que dice “aterciopelada flor de la pasión”. Yo la encuentro perfecta para la Andrea de la ciudad de la furia. Hace unos años le preguntaron en una entrevista si seguía siendo una florecita roquera y ella respondió: “Obvio. Una floresota”. 



Sigue en la página 34 >>

DIRECCIÓN GENERAL Y FOTOGRAFÍA

– Juan Fernando Ospina

EDICIÓN

– Pascual Gaviria

ASISTENCIA EDITORIAL

– Santiago Rodas

COMITÉ EDITORIAL

– Fernando Mora Meléndez

– David Eufasio Guzmán

– Andrés Delgado

– María Isabel Naranjo

– Andrea Aldana

– Juan Fernando Ramírez

– Simón Murillo

– Estefanía Carvajal

ASISTENCIA EJECUTIVA

– Sandra Barrientos

DISÑO Y DIAGRAMACIÓN

– Manuela García y Gretel Álvarez

CORRECCIÓN DE TEXTOS

– Gloria Estrada

Es una publicación mensual

de la Corporación Universo Centro

Distribución gratuita

Número 127 - Febrero-marzo 2022

Versión impresa



universo
centro

universocentro.com.co

universocentro@universocentro.com

Los oficios de Vulcano

por IGNACIO PIEDRAHÍTA

• Ilustración de Cachorro

*Golpearme no significaría nada ahora, he terminado
Todo lo que quiero es ganar tu respeto,
¿y cómo voy a conseguirlo si tú no luchas contra mí?
[...]
Demasiado tarde, soy un hombre muerto...*

Stairway to hell, The amity affliction

Un sábado, tras los días más crudos de la pandemia, me encontraba en el mercado de San Alejo en el Parque Bolívar, frente a un destenido toldo en el que se exhibían hebillas, broches, brazaletes y collares hechos de metal. Me llamó la atención su factura burda, producto del martillo más que del molde. En cada objeto se adivinaba el retemblar metálico del mazo y la sólida resistencia del yunque.

Habría seguido de largo si el artesano no me hubiera llamado por mi nombre. Sorprendido, levanté la mirada y vi un individuo bajito y deforme, con una cojera y una fealdad que prometían ser causa y origen una de la otra. Confieso que me desagradó. En su conjunto tenía algo de lamentable, algo de necio, algo de ridículo y hasta de temeroso. Entre manchado y sucio, parecía recién salido de un antro profundo, su piel estaba como quemada por el fuego que emanaban las crestas de los montes.

Resultó que aquel hombre conocía mis escritos y se expresaba de ellos en un lenguaje halagador, que pronto le autorizó a un tono de reproche. Me reclamaba soterradamente el no haberme pronunciado acerca de las erupciones volcánicas más recientes y comentadas. No supe qué decir y ante la llegada de otros clientes me despedí, entre aliviado e incómodo conmigo mismo. Debí aceptar mi indiferencia ante la larga erupción del volcán Cumbre Vieja en las Islas Canarias, que el año anterior y durante casi tres meses había estado publicando al mundo su inagotable pirotecnia. El encuentro con aquel hombre me había motivado, y sentí que mi deseo se encaminaba inefablemente a cumplir el suyo.

1 La Tierra es un huevo entero a medio cocinar. Dios lo sacó del agua hirviendo antes de que se endureciera del todo, le dio con el dorso de la cucharita y no se lo alcanzó a comer. Dejó a nuestro planeta todo abollado, dorándose alrededor del Sol y se fue a crear otros mundos. De ahí que solo la cascara exterior de la Tierra —y una parte de la yema— sea dura. El resto es roca blanda y caliente, que a veces se hace líquida y se escapa por los bordes de la corteza quebrada. Cada uno de esos escapes es un volcán.

Pero no todos los volcanes están en las fracturas de esos pedazos de corteza partida conocidos como placas tectónicas, los hay precisamente en la mitad de esas placas. Así son los de Canarias, que irrumpen en la monotonía sísmica del centro de la placa africana. Estos volcanes se explican porque, habiéndose retirado el dios creador, un misterioso hechicero subterráneo, armado con un enorme soplete, se dedica a hacer huecos desde adentro allí donde las placas son más estables y aburridas.

Este Vulcano o Hefesto trabaja de la siguiente manera. Después de elegir el



lugar, esta vez en medio del mar, empieza a dar soplete desde adentro hasta que pasa al otro lado. Por ese agujero empieza a salir lava y lava y lava, hasta que se forma una isla en la mitad de la nada. Contenido con ello —en su séptimo día, por así decirlo—, este personaje se toma un descanso, y mientras tanto la placa se mueve un poquito hacia un lado. De manera que cuando el gran herrero resume tareas, ya está dando soplete en otro lugar cercano a la primera isla, con lo que da forma a una segunda isla. Y así sucesivamente hasta formar grupos de islas volcánicas, como las de Canarias, Galápagos o Hawái.

A la roca líquida que hay bajo la corteza de la Tierra se le conoce como magma, y una vez asoma a la superficie donde los ojos pueden verla se le llama lava. Son dos nombres para la misma roca fundida: uno para cuando la intuimos en sus cámaras infernales repletas de gases, otro para cuando se nos presenta como la colada derramada de una vieja fundición. El magma es roca urgente, una necesidad de la Tierra, mientras que la lava es el sentir de la sangre que hierve y estalla cuando la ira se apodera de nosotros.

Cada volcán tiene su personalidad, como todo ser susceptible a la cólera. Los hay que aguardan mucho tiempo a que la presión interior llegue a su límite, y solo cuando es ya invivable se revientan. Más que lava, estos volcanes explosivos arrojan gases y roca partida en un grito feroz. Sus humos gigantes cual los de bombas atómicas cubren los cielos

de sobrillas blanquinegras. Mientras tanto, en el otro extremo están los volcanes que dejan ir saliendo su bilis sin tantas gesticulaciones. Un vistoso líquido de roca coloreado de rojo desborda sus cráteres como sopa caliente y se desliza pronto por las laderas de sus montañas. El Cumbre Vieja está en el medio de esos dos: se le vio echar humos y estallidos, pero también una lava espesa que pavimentó senderos hacia el mar para el uso de las divinas carrozas de su padre Zeus.

2 Las Islas Canarias son volcanes que empezaron a crecer desde el fondo del mar hasta levantarse por encima del agua. Cada una de ellas fue lava que brotó incesantemente y se fue construyendo a sí misma a partir de ese barro caliente, como la mitología ha dicho varias veces que también nacimos los humanos. De modo que el salir de la lava por un nuevo agujero de la isla de La Palma no es otra cosa que la muestra de que las Canarias están vivas y siguen creciendo.

El nombre de estas islas que España tiene como suyas, aunque están mucho más cerca del sur de Marruecos y de Mauritania, se funde entre la historia y la leyenda. Según una mención del militar y naturalista romano Plinio el Viejo en su *Historia Natural*, las Canarias se llamarían de esta manera por “la cantidad de *canes* de enorme tamaño” que habitaban allí. Estos míticos perros grandísimos habrían ayudado a los

españoles, que se apropiaron de estas islas frente a las costas africanas muchos años después, a someter a los indígenas del Nuevo Mundo.

De cualquier manera, no deja de ser curioso que Plinio sea tenido como la fuente fiable más antigua con respecto al topónimo de este grupo de islas volcánicas, pues este mismo personaje es protagonista de una famosa anécdota de índole volcánica que por siglos se presentó como una valerosa muestra de estoicismo y curiosidad científica. Más, cuando se trató de la erupción más documentada del mundo clásico, la que sepultó —y al mismo tiempo conservó por milenios—, las ciudades de Pompeya y Herculano.

Los protagonistas de esa historia son Vesubio, el volcán que bajo eterna amenaza ha custodiado desde siempre la ciudad de Nápoles, en el sur de Italia, y Plinio, almirante de la flota imperial romana y al mismo tiempo un naturalista consumado, autor de la voluminosa *Historia Natural*. La fecha: el año 79. El lugar: el golfo de Nápoles y las laderas del Vesubio, ubicadas inmediatamente detrás de la costa, casi en el centro de la medialuna que forma la playa. Y todo empieza como empezó en Canarias, tal como casi todas las historias de volcanes: con temblores.

3 El primer estallido del Cumbre Vieja fue a primera hora de la tarde y no puede decirse que tomó por sorpresa a los habitantes de La Palma. La semana

anterior habían zumbado bajo sus pies enjambres de temblores, que no eran otra cosa que la artillería magmática ascendiendo por los conductos dormidos de los antiguos volcanes de la isla. La profundidad de los sismos era cada vez menor día tras día, trazando su ascenso lento hacia la superficie, un monstruo que camina desde las profundidades directamente hacia nuestros pies.

Y aunque en ocho de cada diez casos los temblores de los volcanes no terminan en erupción, esta vez sí fue así. El Cumbre Vieja estalló en una parte boscosa a media montaña. En los videos de los celulares se pueden escuchar las primeras explosiones acompañadas de una columna de ceniza cada vez más alta. Los que grababan estaban sobrecogidos ante la maravilla y horrorizados con la posibilidad de que el suelo estallara en mil pedazos. En la inquietud de la gente puede adivinarse aquello que llama el poeta William Blake “porciones de eternidad demasiado grandes para que las aprecie el ojo humano”.

Lo que siguió durante 85 días fue una salida permanente de lava, gases y ceniza por diferentes bocas que se iban creando y muchas veces derrumbando sobre sí mismas. En un momento había diez cráteres funcionando al mismo tiempo, con cuatro coladas de lava discurriendo lentamente sobre la pendiente de la montaña. Esto, sumado a cientos de temblores diarios y la amenaza constante de que la lava se tragara un nuevo barrio, la zona industrial o

deleitara bañándose en la piscina de alguna de las lujosas casas de campo de los alrededores.

También en las laderas del Vesubio abundaban las casas lujosas y villas de descanso. Muchas personas adineradas de Roma solían viajar a pasar allí las vacaciones, de modo que la erupción, el 24 de agosto, en pleno verano, los cogió a todos allí. El mismo Plinio tenía su casa en el extremo norte del golfo, y si no oyó la explosión del volcán a eso de las diez de la mañana fue porque el viento soplabla fuerte para el lado contrario de su casa. Curiosamente, vino a enterarse de la erupción por carta. Le escribía una amiga desde su casa finca al pie del volcán, donde le relataba la zozobra que se vivía en las faldas del Vesubio a raíz de los temblores cada vez más frecuentes y poderosos. Cuando la carta iba en el correo hacia Plinio, el volcán estalló, de modo que al leerla y subir a una torreta desde donde tuviera vista directa al volcán, lo pudo apreciar ya en erupción.

4 Las zonas volcánicas del mundo están bien identificadas. Y dependiendo del grado de desarrollo del país donde estas ocurran, los planes de evacuación y mitigación estarán mejor o peor implementados y ejecutados. Si bien en España no faltaron las procesiones, vigiliyas y rezos organizadas por las autoridades eclesiásticas clamando por que el volcán detuviera su erupción, los procedimientos existían y pudieron salvar las vidas de casi todos los afectados,

carbonizó a los habitantes de Pompeya y Herculano en aquel año 79, con matices en ambas ciudades. Herculano, situada más cerca de la boca del Vesubio, fue la que recibió una oleada de cenizas más caliente. La sangre de las personas hirvió y estallaron sus cráneos. En el caso de Pompeya las partículas llegaron menos calientes y liberaron de la vida a los cuerpos sin dañarlos.

5 Tras leer la carta de su amiga, Plinio se subió pues a un lugar donde pudiera tener vista directa del volcán. Más allá de la sorpresa, el almirante y naturalista se encontró de pronto en una encrucijada: ¿ir a observar de primera mano la erupción como científico, o desplegar sus recursos para tratar de salvar al mayor número de personas? Evidentemente, su amiga estaba más interesada en los galones del almirante que en la explicación de su mente inquisitiva.

Curiosamente, sabemos que al momento de leer la carta Plinio respondió como naturalista, mandando a que le prepararan una embarcación pequeña para él y unos cuantos ayudantes, pero al bajar de la torreta y haber visto semejante hecatombe, cambió de idea y ordenó que alistaran los cuatrirremes. Estos últimos eran embarcaciones de cuatro filas de veinticinco remeros, en las que podría traer como pasajeros otros cientos de personas que estuvieran corriendo peligro. Plinio invitó a su sobrino a saltar a bordo, pero este declinó con la prudencia que amerita ese tipo de casos.

Las embarcaciones fueron directo a la parte baja del volcán, cerca de la ciudad de Herculano, pero los movimientos sísmicos habían cambiado de tal manera la configuración de entrada al puerto que era imposible atracar. Así que se decidió seguir un poco hacia el sur, donde Plinio tenía un amigo. Allí pudieron desembarcar para encontrar a su anfitrión en un estado de visible pre-ocupación, esperando acciones rápidas y audaces para salvar y rescatar algunas personas.

Pero Plinio, para sorpresa de todos, manifestó su deseo de tomar un baño y sentarse a la mesa.

6 La erupción del Cumbre Vieja fue grabada y transmitida en directo desde el primer estallido hasta el último. La larga erupción permitió la instalación de equipos de camarógrafos y la llegada de hordas de turistas para ver el fenómeno con sus propios ojos. Los efectos relativamente menores sobre los habitantes de los barrios afectados permitieron el despliegue de imágenes y de visitas sin el sentimiento de estar ventilando y asistiendo a una verdadera tragedia. Dejar todo lo material a las ávidas lenguas de fuego de la lava no es poca cosa, pero en ese caso conservar la vida es lo que realmente cuenta.

Dos imágenes se me quedaron en la memoria. Una fue la de un rayo

volcánico. Las piedras lanzadas por el volcán se frotran en el aire y la fricción las carga eléctricamente, produciendo un rayo como el de una tormenta, pero generado por el mismo volcán. Es un momento en el que tierra y cielo confluyen y se precipitan dando latigazos sobre una niebla roja relampagueante, brillante y atiborrada.

La otra es la de la lava dándose un chapuzón en la piscina de una casa de campo. Se ve la pared de roca de unos cuantos metros de alto asomarse al borde de la pileta y parece pensarlo, hasta que unos gruesos pedazos de piedras medio rojas, medio negras, se van tirando de clavado una por una. Como tocando a tientas, la lengua de fuego pone apenas la punta de sus papilas gustativas en el agua azul de ese cuadrado enchapado en baldosín, y con cada toque lo vaporiza.

Pero la lava tenía negocios más serios que atender. La esperaba el mar, un enemigo real con el que batirse y luchar para ganarle terreno, la razón de ser de aquellos volcanes desde su nacimiento. Diez días después del comienzo de la erupción las coladas de lava llegaron al mar y comenzaron a ganarle terreno. Al final de la erupción, La Palma era algunas hectáreas más grande y unos centímetros más alta, terreno que cumplidamente el gobierno de España reclamó para sí. El volcán verá esos afañes humanos con una tierna sonrisa, me imagino.

7

Mientras a lo lejos se veían arder las villas en las laderas del Vesubio, Plinio insistió en calmar los ánimos. Horas

más tarde, pidió una habitación y se fue a acostar. Sugiere el relato, que es una carta que después escribiera su sobrino a un amigo suyo para "aclara" las circunstancias de la muerte de su tío, a partir de versiones de quienes estuvieron allí con él esa última noche, que esta actitud de Plinio era muestra del estoicismo que lo caracterizaba. Le dijeron a Plinio el joven que el sueño de su tío era tan profundo que desde afuera se escuchaba su ruidosa respiración. Único capaz de conciliar un sueño en semejantes circunstancias, los ronquidos de Plinio sonarían a los oídos del resto no como una muestra de estoicismo sino de extraña y hasta grosera indiferencia ante una catástrofe inminente.

Se llegó el momento de la noche en que la situación era insostenible. Una lluvia incesante de piedra fina amenazaba con bloquear la puerta de la habitación del almirante, un pretexto suficiente para acabar con aquella extraña demostración de lo que ya rayaba con la insolencia y desprecio por la propia vida. Lo despertaron y lo convencieron de embarcar, aprovechando el viento propicio para regresar y ponerse a salvo mientras las laderas del Vesubio ardían y las villas de Herculano y Pompeya eran arrasadas.

Estas y otras evidencias descritas en la carta han llevado a los historiadores más autorizados a pensar que Plinio no estaba en sus cabales. No era propio de un naturalista ni del jefe de la flota imperial echarse a dormir en medio de la peor tragedia natural del momento. Un ser humano en condiciones normales no conciliaría el sueño ni siquiera proponiéndose.

8

No volvió a aparecer en las noticias la aclaración sobre si la muerte del hombre que falleció víctima del Cumbre Vieja fue a raíz de la caída del techo o de la inhalación de gases volcánicos o algún otro efecto directo de los productos del volcán. Se hizo una autopsia preliminar sin llegar a una conclusión, y se prometieron otros análisis que parecen no haber llegado a los periódicos. O quizá podría no llegar a saberse con certeza cómo murió aquel hombre, como ha ocurrido con la muerte de Plinio a manos del Vesubio.

Aunque la víctima del Cumbre Vieja había sido autorizada para ir a su casa a limpiar la ceniza, subirse al techo pudo ser una imprudencia. Nunca se es suficientemente joven para desafiar a las alturas, y seguramente se sentía en buena forma para hacerlo. O simplemente lo llamó el sentido de pertenencia y obligación hacia su casa. ¿Acaso pudo haber sido algo totalmente diferente, ni caída ni intoxicación?

Plinio, sin ser viejo, a sus 55 años estaba del todo desacomodado. Si bien había sido hombre de acción, con el tiempo se había vuelto sedentario. Sus investigaciones naturales estaban más enfocadas en recopilar conocimiento y narrarlo en su enciclopedia que en salir al campo. Y su cargo militar de la más alta graduación no le exigía moverse de su despacho. En pocas palabras, estaba muy gordo y se agitaba con cualquier esfuerzo. Haberse hecho al mar en busca de la erupción, en tan pobre condición física, era en sí una acción temeraria y llena de valor.

Todo apunta a que Plinio habría sufrido un infarto incluso antes de

desembarcar, y las horas que pasó en tierra estuvieron signadas por unos momentos en los que su actuar no respondía a la normalidad de sus facultades. De ahí las veces que pidió abundante agua y baños, y una cama para descansar.

Anfitriones y sirvientes salieron a las carreras para el puerto con almohadas amarradas sobre la cabeza, para evitar el impacto de las piedras más grandes que habían comenzado a llover. Pero Plinio ya no era capaz de caminar y fue necesario llevarlo a hombros en una sábana hasta el muelle, donde al parecer la complicación cardíaca le arrebató finalmente la vida. De modo que quien embarcó fue ya su cadáver, al que llevaron a casa dignamente.

En adelante, las erupciones extremadamente explosivas y mortales como las del Vesubio del año 79 se conocerán como plineanas, en honor a nuestro héroe. Mientras tanto, las del tipo del Cumbre Vieja pertenecen a las llamadas estrombolianas, por el volcán Estrómboli, que forma la isla del mismo nombre frente a las costas de Sicilia. Fue una coincidencia que justo en los días en los que escribía estas líneas me viera la película *Fue la mano de Dios*, de Paolo Sorrentino, en la que dos hermanos recientemente huérfanos visitan la isla de Estrómboli y lo ven en erupción, símbolo del renacer que significa la muerte de los seres queridos.

Acaso resulte un lugar común de ciertos relatos de misterio, pero debo decir que el artesano del San Alejo no solo desapareció, sino que sus vecinos de parque aseguraban no saber de él ni haberlo visto en su vida. ☹️



Durante la residencia de MATZA Edgelands que tuvo lugar en la Bodega Comfama del barrio Perpetuo socorro, 11 artistas internacionales se dieron a la tarea de crear obras que dialogaran con la ciudad. De allí salió esta pieza titulada "La sombra en la oscuridad se pierde" creada por Felipe Castelblanco y colaboradores. Esta obra funciona como un gran acto de consenso entorno a un ejercicio participativo y de co-creación entre varios actores que dan forma al tejido social de la ciudad. De la mano del cantante y compositor de rap TRAFICO MC, se invitó a varios participantes a un taller de composición musical y el resultado fue una canción original escrita a diez manos. Desde una madre víctima del conflicto armado, estudiantes y jóvenes migrantes, hasta analistas de seguridad y vigilancia de la ciudad, las y los participantes del proceso aportaron varias perspectivas entorno al temor, la confianza y la seguridad en la ciudad para la canción.

Como canción, "La Sombra en la oscuridad se pierde" ha sido lanzada al dominio público como un monumento sonoro que celebra el complejo momento histórico por el que atraviesa Medellín. La muestra estará abierta hasta el 20 de Marzo de 2022 en Bodega Comfama, Calle 34 # 45A-18.



Accede al video y letras

Sembrar palabras de miel entre la quemadura del desierto.

Sembrar palabras amorosas entre el tufo de los ghettos.

Sembrar perlas de rocío en las heridas de mi tierra.

Sembrar lágrimas que hagan sentir celos a la lluvia.

Sembrar risas que emocionen al viento.

Sembrar a todos los vientos. A todo corazón.

Nicole Cage-Florentiny



VIGILADO SUPERINTENDENCIA FINANCIERA DE COLOMBIA

La diferencia está en **confiar** [®]
coop

Mi película de Tomás Gutiérrez Alea

por ÁLVARO CASTILLO • Ilustración de Juliana Arango

Para ti, Yamila Peñalver, maravillosa y hermosa



¿Y esas historias tú las has escrito, Álvaro?

—Algunas, Yamila... Estoy escribiendo un libro sobre mis experiencias en Cuba desde el año 1995. Se llama *Mi Cuba*. Ya casi llevo cuatrocientas páginas...

—¿Un tocho! Tendrás que podarlo...
—Sí, lo sé. El problema es ese. “Acá uno se muere echando cuentos”, como dice mi amigo Omar. Mientras tanto voy a contarte mi película de Tomás Gutiérrez Alea. Te prometo que esta sí es la última. Ya debes estar cansada de tanta muela.

No dijo nada. Solamente me miró con esos ojos negros que atrapan el mundo y me sonrió, como si encendiera

una vela, para iluminar ese lugar un poco oscuro del Café Escorial donde nos refugiábamos para huir de unos músicos de “Hasta siempre”.

—Desde el momento en que la vi me puse para ella. Así de simple: la vi y caí. Llevaba un traje rojo y un marpacífico rojo en el pelo.

—¿Una flor roja? Jejejeje...

—Sí... ¿por qué te ríes?

—Por la forma en que lo cuentas y mueves las manos mientras lo haces.

—Bueno. Estaba toda vestida de rojo. Era una mujer blanca, delgada, con un pelo negro azabache, espeso, que le llegaba a la mitad de la espalda. Era la especialista (que es un oficio que existe acá que nunca he tenido muy claro para qué sirve o qué es) encargada

de la sala donde se iba a presentar (entre otras cosas) mi libro *Julio Cortázar: una lectura permutante del Capítulo 7 de Rayuela*. Lo publicó la editorial Capiro en una edición de cien ejemplares que se regaló ese día. Los que se empeñaron en que se publicara fueron Rebeca y Lorenzo. Gracias a ellos y a Fidelito es que salió. Es el ensayo con mi “descubrimiento” cortazariano del que te hablé el otro día.

—Sí, me acuerdo.

—La cosa fue que, como correspondía, unas horas antes todavía el libro no estaba listo. En Cuba me han tocado lanzamientos de libros sin presentador, libro o autor. Cosa más grande... Fui con ella a la imprenta donde, a paso redoblado, los compañeros terminaban de

armar mi libro. El problema es que llevo unos sueltos. Unas, llamémoslas así, tarjetas. Ilustradas por Janley, para demostrar mi tesis de que el capítulo 7 de Rayuela puede leerse como un poema permutante. El sol era pavoroso. Ella se protegía con una sombrilla.

—¿Roja?

—Por supuesto. Como debe ser. Regresamos con los libros en una caja de Habana Club. El libro lo presentó Rebeca. La sala estaba llena, Yamila, para donde mirara veía a un amigo. Como pensaba que ese encuentro con la belleza iba a finalizar ahí le pedí a Leonardo, creo, que me tomara una foto con ella. Sacó dos. Ya no lo tengo claro si fue al día siguiente, o cuándo, que nos encontramos a la entrada o salida de una presentación. Los tímidos somos suicidas. Si nos ponemos a pensar demasiado o a planear nos quedamos sin actuar. Por eso, cuando llegamos al abismo, nos arrojamus de una: ¡fuá! Y ya. Al todo o nada. En este caso, menos mal, me dijo que sí, podíamos salir a tomar algo. La cita era a las ocho de la noche, frente a la catedral. Llegué unos minutos antes, como el casi puntual inglés que soy. Ocho y diez, ocho y media, diez para las nueve... Frente a mí, unos policías ya empezaban a mirarme con una extraña rareza desatando una galopante paranoia en mí. Regresé a la casa de los gordos bastante encabronado y decepcionado. Recordé que ella me había contado que Rubén le había propuesto tomarle unas fotos desnuda. Ella iba a ir a ver su trabajo en la tarde. Lo llamé. Cuando terminé de contarle me dijo: “Lo que pasa es que tú no tienes enganche con las mujeres”. “Ajá. Claro”. Me hice el sueco con lo que me dijo. Sabía que no era algo bueno pero preferí dejarlo pasar. ¿Pa qué?

Al otro día, como a las siete de la mañana, sonó el teléfono. Era ella para explicarme lo que había pasado. Resulta que, no sé por qué motivo, el reloj de la casa donde se estaba quedando no tenía la hora bien puesta... Era una pareja de viejitos que ella cuidaba. Por esa razón, cuando salió, no llegó a las ocho sino a las nueve. Y bueno... “Pero yo quiero verte, Álvaro”. “El problema es que yo me voy mañana...”, respondí con la seguridad del que sabe que ahora tiene el balón en su campo. “Bueno, si quieres podemos vernos hoy en el mismo lugar, a la misma hora. Pero solo te espero diez minutos...”. Llegó a las 8:09. Primero fuimos a comprar una cajetilla de H. Uppmann. Después nos fuimos a sentar en el malecón sin agua de Santa Clara. Me contó que había leído mi libro. Que le había gustado mucho y encantado leer el capítulo 7 en las tarjetas. Que, por más que las barajara, siempre resultaba el texto bien. “Esa es la cosa”, le respondí sonriendo y mirándola toda sin poder creer que estuviéramos ahí. Lo mismo que me pasó cuando vi por primera vez desnuda, ante mí y para mí, a Yanelis, mi meñique oriental: “¿Y todo esto es pa mí?”, “Sí, pa ti...”.

En ese momento, un silencio de Bécquer se instaló entre nosotros y solo podíamos irnos a un beso. Y allá nos fuimos. A un beso hasta lo más hondo. Nos levantamos, tomados de la mano, y caminamos hasta el bulevar. “¿Vamos al Daiquirí a tomar algo?”, le pregunté. “Vamos”, me respondió apretando mi mano con más fuerza y acercándose más a mí. Nos tomamos, como debe ser, dos daiquirís sin ser abrumados por alguna música horrenda que amenazara con imponernos ser mudos y sordos. Salimos, tomados cada vez más de la mano, y volvimos al malecón sin agua a continuar besándonos. “¿Quieres que nos vayamos a otra parte?”, le pregunté al todo o nada. Si ya me había suicidado una vez no importaba volverlo a hacer. “Bueno, ¿para dónde?”. Ahí, Yamila, empezó la película de Tomás Gutiérrez Alea.

—¿Pero no había empezado?

—No, niña... Hasta ahora terminamos el preámbulo. Ahora es cuando, de verdad, empieza la cosa. “¿Para dónde?”, esa puede ser en algunas circunstancias, en Cuba, una pregunta trascendental sobre la definición del ser y estar del individuo. Una cuestión ontológica. Y más, si como se trataba en este caso, de una cubana con un extranjero. ¿A qué lugar podíamos ir sin que pensarán que se trataba de una jinetera con un yuma? Las posibilidades reales de un hotel donde no nos pidieran la documentación y quedara fichada para siempre eran nulas. Una posada, menos. A donde nuestros respectivos anfitriones, imposible. ¿A dónde, coño? “A la vuelta de la catedral hay una posada. Vamos ahí a ver”, me dijo con una seguridad pasmosa. Regresamos al punto de donde habíamos salido a descubrirnos. “Espérame en la esquina. Ya vengo”. Fue hasta la mitad de la cuadra y golpeé en una puerta. Yo, mientras tanto, miraba con desconfianza a los mismos dos policías de ayer que seguían conversando mirando al cielo sin importarles ni lo más mínimo nuestra presencia por ahí. “Yo no sabía que los policías ahora eran astrónomos”, recordé que dijo una vez Pedrito ante una situación policial similar solo que, en ese caso, era con fajazón y piñazos.

“Que no podemos”. “¿Y por qué?”. “Porque no traje el carné”. “¿Estás sin carné?”. “Sí, lo dejé en la casa...”. Ante la austeridad de su respuesta decidí dejar de preguntar porque ¿pa qué? Abrumado, ante este embate de la realidad contra el sueño, se me ocurrió una genialidad: “Tú sabes que a los yumas siempre nos están ofreciendo, en el Parque Vidal, cosas. Tabaco, ron, taxi, mujeres, lo que sea... Vamos y yo le pregunto a alguno de esos tipos si conoce alguna casa de alquiler a donde podamos ir. ¿Te parece?”, me miró algo asombrada. “Sí, vamos”.

Y fuimos. Ella me esperó, sentada, en un banco del parque mientras yo miraba a mi alrededor y descubría a dos jóvenes, vacilando en una esquina, con cara de resolvers de todo. “Buenas noches... miren...”, les quiero hacer una pregunta... “Claro, mi hermano, dime”, respondió uno de ellos de manera bastante elocuente. “Estoy buscando un lugar para ir con una muchacha”. “¿Estás buscando una muchacha?”.

—Jajajaja... ¡Pero si a la muchacha ya la tenías!

—Así es Yamila, ¡y no me iba a cobrar! “No, la muchacha ya la tengo. Lo que pasa es que no sabemos a dónde ir... Ah... Y además solo tengo diez pesos...”. “¿Solo diez?”, me respondió el otro de manera bastante decepcionada. “Sí, no tengo más”. “Espérate un momento”. Se alejaron un poco para conferenciar. A todas estas, ella, sentada en su banca, decidió transformarse también en astrónoma. Después de una deliberación al parecer no tan ardua ella volvieron. “Mira, mi hermano. Te vamos a llevar donde un amigo de nosotros, el Tigre, para que puedas estar con la muchacha. Los llevamos. Esperamos a que terminen y los volvemos a traer. Todo por diez pesos”. “¿Diez?”. “Sí, solo diez. Vamos”. Volví a la banca y le conté. “¿Pero tú los conoces a ellos?”. “Es la primera vez que los veo... Ni idea quiénes son”. “¿Será seguro?”. “Yo creo que sí”. “Bueno, vamos”.

Y fuimos con aquellos dos, que yo jamás había visto, hasta su máquina, un Lada creo de color terracota, y nos encaminamos a un ignoto lugar donde nos esperaba la casa del Tigre. Las manos tomadas y cerca, muy cerca, el uno del otro. El último punto que reconocí fue la oficina del libro y la librería Kokorioko, que siempre está cerrada. Llegamos a una casa, en algún lugar del mundo, y nos detuvimos. Se bajaron

los dos y golpearon la puerta. Les abrió un negro gigantesco y gordo (“un negro Revé”, como me enseñó hace unos días Ela) con el que parlamentaron muy tranquilamente. Descendimos de la máquina y nos acercamos. “Mucho gusto”, me extendió la mano el dueño de la casa. Una mano gigantesca y oscura. “Sigan. Están en su casa”. Apenas entramos, ella, que hasta el momento había decidido permanecer muda, preguntó: “¿Y el baño tiene agua caliente?”. Los tres la miramos diciendo: “¿Y a esta anormal qué le pasa?”. “No, no tiene”, respondió el Tigre (que más se asemejaba a una pantera negra obesa). Entramos al cuarto (una cama, un sillón y un televisor en blanco y negro) y fuimos hasta el baño que, como es obvio, estaba en candela. “Aquí no”, fue lo único que me dijo inaudiblemente mientras me jalaba hacia la puerta. Los tres nos miramos asombrados.

Cojones... ¿Y entonces ahora qué?, ¿qué les voy a decir a estos hombres?, me pregunté mientras salíamos de la casa. ¿Y si el Tigre se ofende y encabrona que yo hago? ¿Y los otros dos? Van a terminar insultándonos, pidiéndome los diez pesos y, uno nunca sabe, queriendo cobrar la ofensa de alguna manera, no precisamente grata... pensé con mi paranoia habitual a mil. Me acerqué a los dos resolvers y les expliqué la situación. “Tú sabes, mi hermano, que las mujeres joden por cualquier cosa...”. “No te preocupes, chico. Nosotros le explicamos”. Se acercaron a él. “No hay problema, mi hermano”, me dijo el Tigre con una voz suave y pausada. Y agregó: “A la vuelta del Parque del Carmen hay una posada, vayan a ver allí. El dueño se llama Fernando”. ¡De madre!, me grité. ¿De manera que a la vuelta de la casa de los gordos, a la vuelta de la casa donde me estoy quedando y no puedo ir, hay una posada? Esto no es fácil... “Vamos p'allá”, les dije.

Y regresamos, rumbo al Parque del Carmen, preguntándome qué íbamos a hacer ahora porque, como es obvio, tenía que darles los diez pesos a nuestros conductores. Llegamos. Miré el segundo piso de la casa de los gordos, donde aún estaba la luz encendida a pesar de ser casi ya las once de la noche, y pregunté con voz segura: “¿Y entonces cuánto les debemos?”. “Mi hermano... danos tres pesos...”. Sin poder creer lo que estaba sucediendo ante esta aparición de la solidaridad sin límites que, como todo en exceso, pueden tener los cubanos, les extendí mi único billete de diez. Y me dieron el cambio en divisas, para que tú veas, sin lucha ni tragedia alguna. Nos tomamos de la mano y emprendimos el camino para la posada de Fernando, bajando por la calle de Los Atrevidos.

—¿Y tú de verdad te acuerdas de todos los nombres, Álvaro? Porque vaya...

—Generalmente no, Yamila. Para nada. Algunos se me graban y otros los invento. Los llamo de alguna manera y ya. Nos detuvimos antes de llegar. Ella subió los tres o cuatro escalones hasta la puerta. Golpeó. Le abrió un gordo sin camiseta. Sudoroso. No of lo que le dijo aunque me lo puedo imaginar. La cosa fue que ella entró y, mirándose a mí, dijo: “Sigue chico, sigue...”. Subimos al segundo piso. Era un cuarto amplio con una cama doble, espejo grande de pared, aire acondicionado, ventilador y baño. Todo muy aseado y confortable. “¿Y el baño tiene agua caliente?”, volvió a preguntarme ella. ¡Cojones con la calentura!, le grité silenciosamente mientras mi mirada le decía: “Oye, bájale a la apretadera”. “No, no tiene agua caliente pero la ducha está muy bien”. La miramos. Efectivamente estaba muy bien. Amplia y con las losas blancas impecables. “Nos quedamos”, dijo ella. “¿Y cuánto cuesta?”, le pregunté dolorosamente sabiendo que en mi cartera solamente quedaban siete desamparados

pesos. “¿Cuánto tiempo van a estar?”. “Hasta mañana”, respondí, dueño del mundo y de la situación. “Siete pesos, chico. En el refrigerador hay cerveza fría, por si quieren. Están incluidas”. Cerramos la puerta sin poder creer, ninguno de los dos, lo que estábamos viviendo, la aventura en que nos habíamos embarcado para poder encontrar un lugar para estar juntos y dejar que los besos fueran hasta donde tenían que llegar.

—¿Es en serio lo que me estás contando?

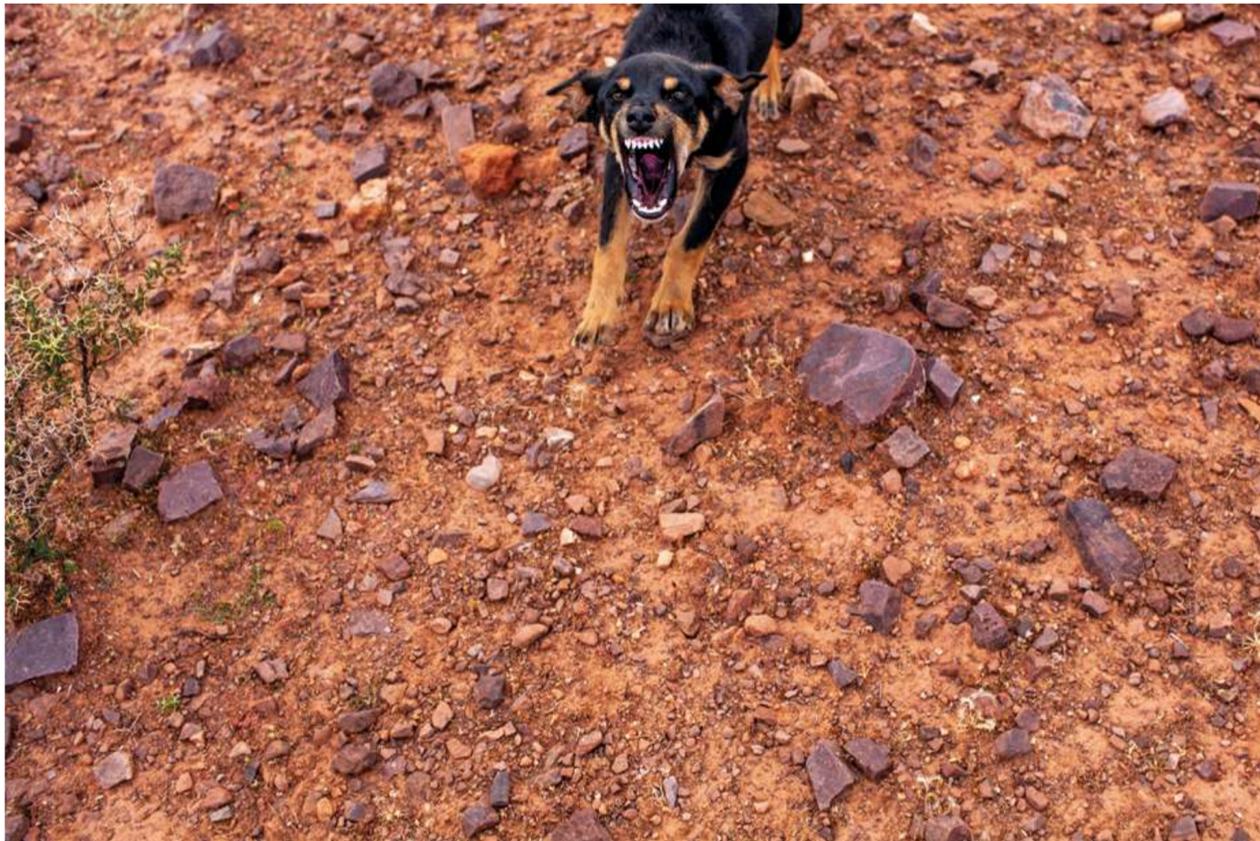
—Sí, en serio... No estoy inventando nada. ¿Viste por qué te dije que era una película de Tomás Gutiérrez Alea?

—De madre... ¿Y la muchacha cómo se llama?

—Me acuerdo, como diría Rafael Alcides, pero un caballero no tiene memoria.

—¿Y cómo era?

—Ella era tan hermosa como un antílope, un impala..., vaya..., como una gacela... Sí, como una gacela... ☺



¡VAMOS A PELEAR!

Fotografías y texto por LUCA ZANETTI

• Traducción de Julián Restrepo

El equipo de investigadores del Museo Nacional de Etnografía y Folklore (Musef) y del Ministerio de Cultura de Bolivia, que me había invitado a unirme al Tinku de este año, canceló súbitamente los planes de viaje. Algunos están enfermos, otros no encontraron los fondos necesarios y el camarógrafo se rehúsa a viajar por la falta de garantías de seguridad. Del grupo original, el único que queda para emprender el viaje hacia el pueblo de Macha, a unos cuatrocientos kilómetros de La Paz, es Tito Burgoa. Tito es un ingeniero de minas retirado, devenido historiador con una difícil misión: quiere convencer a la Unesco de que el Tinku merece ser protegido e incluido en la lista del patrimonio cultural intangible del planeta.

Partimos el filo del amanecer en el servicio expreso que hace la ruta entre La Paz y Oruro, trepando trabajosamente hasta El Alto, ciudad en plena expansión, y tomando velocidad una vez alcanzada la altiplanicie a cuatro mil metros sobre el nivel del mar, haciendo muy pocas paradas en el camino.

Mientras Tito duerme, yo miro por la ventanilla a través de mis nuevas y elegantes gafas de sol. Puedo ver los

6439 metros de altura del Illimani, cuya cumbre nevada captura los primeros rayos luminosos de la mañana. El pico contrasta contra el paisaje árido y en apariencia interminable como si fuese un gigantesco pastel glaseado recién salido del horno.

Hay campesinos con sus familias cosechando papas que luego meten en costales y apilan junto a la carretera.



La plácida contemplación de la condición humana a grandes alturas se ve abruptamente interrumpida cuando un tipo alto, enfundado en una nueva y flamante chaqueta de cuero, con cabello negro engominado y luciendo una gruesa cadena de oro, se levanta de su asiento y comienza a distribuir bolsitas de *ginseng* surcoreano, una por pasajero.

Comienza por captar la atención de su audiencia enumerando incontables dolencias, desde cáncer hasta falla renal, pasando por mal olor vaginal, todo lo cual será curado por las propiedades mágicas de su *ginseng*. El viaje continúa sin contratiempos hasta que una robusta mujer aimara de sombrero hongo, vestida con la tradicional pollera multicolor, se acerca al conductor y, créanlo o no, le da un puñetazo en la cara. Entonces se vuelve y nos grita, a los hombres, que somos una desgracia. Argumenta que no debería ser trabajo de una mujer golpear al conductor cuando este, en lugar de dirigirse directamente a Oruro, para todo el tiempo para hacerse un dinero adicional a expensas del precioso tiempo de sus pasajeros. Anonadado, el conductor hace el camino hasta Oruro sin quejarse y sin detenerse de nuevo. Tito, que abrió fugazmente los ojos, no se impresionó en absoluto con lo que sucedió, tampoco la mayoría de mis compañeros de viaje.

¿Cuál es la razón por la que estoy viajando hacia el Tinku? ¿Por qué quiero presenciar un festival en el que los habitantes de más de sesenta poblados descienden al pueblo de Macha para celebrar y derramar sangre? Reviso mis motivos y concluyo que la esperanza

de hacer una buena crónica fotográfica desde la "ZONA DE PELIGRO" es mi mayor motivación. ¿Supera tus miedos, arriesga algo y llévate la recompensa suena como muy simple? Tal vez, pero muchos reporteros gráficos se han tomado esta máxima a pecho, y arriesgar la vida en el terreno ha valido la pena para sus carreras.

Las zonas de peligro no son complicadas de entender: estás en peligro, otra gente está en peligro, sobrevivir es lo que importa. La sociedad moderna, a la vez que delega el matar en otras personas, por ejemplo, en un soldado profesional, también delega la tarea de atestiguar lo que pasa en lugares peligrosos en fotógrafos profesionales, periodistas y camarógrafos. Mucha gente percibe la acción de reportar desde el terreno como un acto de valentía, y se cree que viene con un añadido de recompensas sociales y financieras. Estas zonas también atraen un montón de gente estúpida, pero eso no viene al caso, lo digo más para convencerme de que no pertenezco a esa categoría. Imagino que la gente que toma parte en el Tinku está sujeta a un fenómeno social parecido. Los hombres y mujeres que pelean lo hacen porque esperan que eso elevará su estatus y el de su comunidad. Pero esto está por comprobarse asistiendo al evento y observando cuidadosamente.

En Oruro cambiamos de bus y le decimos adiós al abatido conductor. En la terminal hago una última llamada a un profesor local de estudios culturales y le pido una evaluación objetiva de los peligros que involucra asistir al Tinku en Macha.

Me dice que debería ser seguro; nunca ha oído que hayan matado a un gringo en Macha (lo que sí ha sucedido, al parecer, en otras comunidades). Le pregunto si él ha estado alguna vez en el Tinku de Macha. De manera poco tranquilizadora, me confiesa que no.

No puedo decidirme y detesto las decisiones difíciles, pero tengo que resolver si me subo o no al siguiente bus con Tito. Unos minutos después estoy a bordo de mala gana, y trato de darme ánimo pensando en que el mundo nunca es tan malo como uno lo imagina, que el peligro es relativo, que podría morir en un accidente de carretera, que debe ser la mayor causa de muerte en Bolivia, a juzgar por la cantidad de restos de vehículos accidentados oxidándose a los lados del camino.

El viaje de Oruro hasta Macha dura cuatro horas. El bus va lleno de gente,

animales y mercancías. La tripulación está formada por el conductor, su esposa, que lo nutre con un ocasional pedazo de pastel, y el joven mecánico de a bordo vestido con un overol azul, y encargado de verter agua en el sistema de enfriamiento del Volvo y manejar la puerta, que está dañada.

Tito ya está completamente despierto y hablador, lo interrogo acerca del Tinku, palabra que en quechua significa "encuentro de contrarios": la gente que vive arriba en las montañas contra la que vive en los valles. En aimara significa "ataque físico", una lucha ritualizada con un propósito, el derramamiento de sangre y las muertes que hacen parte de una antigua tradición.

Un Tinku en el que no hay una muerte, continúa Tito, es un mal presagio para la cosecha venidera; el derramar sangre es un compromiso espiritual con la Pachamama. El Tinku también es una manera de resolver disputas entre comunidades acerca de derechos sobre la tierra, entre individuos por una mujer o un hombre, o por vacas, ovejas y cabras. Para los hombres jóvenes es una oportunidad de demostrar fuerza y ganar respeto en su comunidad. Para las mujeres jóvenes es la ocasión de desplegar sus encantos y echarle el ojo a algún futuro esposo. Para los adolescentes es el equivalente a un rito de paso hacia la hombría.

En el cruce de caminos que lleva a Macha, dejamos la carretera pavimentada que va de Oruro a Potosí y seguimos por un camino destapado entre campos de sorgo amarillo que se mecen suavemente al viento, como la melena de un león.

El día llega a su fin mientras nos acercamos a Macha dejando una estela de polvo tras nosotros. El pueblito se ubica al pie de las colinas a 3500 metros de altura, al final de un valle donde se encuentran los ríos Caranca y Jatemayo. A la entrada del pueblo un arco saluda al visitante con el lema: Macha la capital del Tinku. La plaza central tiene una torre de iglesia blanca, unos cuantos hospedajes y comederos y no es mucho más grande que una cancha de fútbol.

Tito me deja en la parroquia del padre Cabezas donde se recomienda que se queden los forasteros. Mi cuerpo ansía una ducha y una cama. Un sacristán monosilábico me da un exagerado apretón de mano y me muestra el dormitorio vacío, al final de un jardín lleno de flores.

Dejo mi equipaje y salgo a dar una vuelta para ver los últimos rayos de sol y las primeras estrellas, y para respirar

un poco de aire fresco, libre de polvo. De repente, un chivo sale de la nada y me ataca, me persigue escaleras arriba, en la ruta hacia los aposentos del padre Cabezas, y me acorrala en un rincón.

Pateo a la bestia entre los cuernos, pero esto la enfurece e insiste en su ataque. Apoyándose en sus patas traseras para cobrar impulso, me embiste a intervalos regulares. Estoy atrapado, aporreo la puerta y grito, pero nadie responde. ¿Cómo voy a bajar las escaleras y salvar los cincuenta metros hasta la habitación? Decido esperar y ver si el chivo se aburre. Pasan quince minutos, treinta minutos y sigue embistiendo sin pausa. No hay nadie por aquí a quien pedir ayuda; tengo frío y estoy cansado.

Ahora sí necesito superar mis miedos. En una movida desesperada salto sobre el chivo apoyándome en la baranda de las escaleras y corro hasta el dormitorio; él me persigue, pero solo puede golpearme una vez, en el trasero. Por fin entro al dormitorio y me las arreglo para cerrar la puerta, misma que el chivo se dedica a aporrear rítmicamente. ¿Y ahora qué?

Me pongo mi linterna minera, tomo un paquete de galletas saladas que pensaba dejar para la comida, abro la puerta un poco y se las doy al chivo, lo que me permite agarrarlo por los cuernos, alzarlo y arrastrarlo por el jardín hasta el alojamiento del sacristán. Una vez allí, le ruego al hombre que lo encierre, a lo que se niega argumentando que el animal, cuyo nombre es César, es inofensivo. Así que levanto a César, lo arrastro hasta la plaza y cierro rápidamente la puerta de hierro tras de mí.

El espíritu del Tinku parece haberse apoderado del pueblo, está en la gente y en los animales. No es solo ese chivo, los perros callejeros vagan por las calles en jaurías, con una mirada maligna en sus ojos, y se quedan viéndote de una manera muy inquietante.

Más tarde en la noche, incapaz de dormir, decido mudarme a un hospedaje al otro lado de la plaza; la idea de tener que superar mis miedos cada vez que salgo de la habitación es demasiado perturbadora.

El hospedaje, manejado por don Diógenes y su esposa, está casi vacío, he llegado con tres días de anticipación. El Tinku coincide con la Fiesta de la Cruz, el 3 de mayo, creando una fusión de creencias religiosas andinas y católicas. Llegué anticipadamente con la idea de poder visitar uno de los pueblos de los que vendrá la gente a Macha para la Fiesta de la Cruz y el Tinku, ver sus preparativos.

Tito me aconsejó llevar regalos: lapiceros, papel, borradores y pequeñas calculadoras para las escuelas, como una muestra de respeto, un medio para ganar aprecio y una manera de hacer amigos. Pero la visita nunca se materializó y todos estos regalos que había comprado en La Paz terminaron en manos de la policía que pedía algo a cambio de un poco de protección.

En el hospedaje el único otro huésped es Leo, un estadounidense alto, de ascendencia rusa, antiguo abogado convertido en viajero internacional. Alguien a quien podrías llamar un nómada moderno, pues ha viajado a todas partes y, cuando hablas con él, sientes que el mundo es verdaderamente el proverbial pañuelo en el que no queda ningún lugar por descubrir.

Conciliar el preciado sueño en los días precedentes al Tinku no es fácil, pues a cada rato la explosión de un cartucho de dinamita (el juego pirotécnico favorito de Bolivia) te hace saltar de la cama.

Durante los días siguientes el hospedaje de don Diógenes se llena de antropólogos, etnólogos, sociólogos, y musicólogos. Gente que estudia el significado del Tinku en cada uno de sus aspectos y busca pistas acerca de sus orígenes. Parecen estar de acuerdo en que el Tinku tiene sus raíces en la necesidad del Imperio inca de contar con los mejores soldados durante su fase de expansión. Los reclutadores organizaban combates en lugares como Macha para escoger a los hombres más fuertes y ofrecerles un trabajo como soldados. Marianne, una antropóloga francesa con quien pasó una tarde tomando cerveza, no está directamente interesada en el Tinku, trabaja en un artículo titulado "Alcoholismo y metamorfosis en los Andes".

Algunos de estos científicos sociales parecen decepcionados al no encontrar lo que imaginaban y para lo que se habían preparado. Marianne bromea citando el caso clásico de "efecto del observador", en física, la perturbación que introduce en un sistema observado el acto mismo de observarlo. Ahora ocurre en las ciencias sociales: "Con tanto extranjero observando el Tinku, seguro que lo estamos cambiando".

En la tarde del 2 de mayo, José Luis Peláez, el pasante de Macha (la persona que traerá la cruz a la iglesia el 3 de mayo), convoca a una reunión de huéspedes invitados en la cima de una colina que domina el pueblo. Allí ofrece chicha (hecha de centeno y hojas de coca





para mascar). La gente va vestida con los coloridos atuendos tradicionales; las mujeres llevan sombreros hongo adornados con flores de plástico y los hombres llevan cascos que imitan los de los conquistadores españoles. Suena una melancólica música andina interpretada con charango y flauta mientras los invitados danzan en círculo y cantan. Las únicas palabras que entiendo son: vamos a pelear, vamos a pelear, el resto de los cánticos están en quechua o aimara, tristemente fuera de mi alcance.

Luego de una hora, un energizado grupo desciende de la colina formando un feroz pelotón digno de ver. Sigo a José Luis Peláez a su casa, donde la fiesta continúa; hay más chicha y hojas de coca circulando junto con unos envases de cinco litros cuyas etiquetas dicen: 96 por ciento alcohol puro potable.

Luego, aquella misma tarde, estoy invitado con los representantes de otras comunidades, cerca de cuarenta personas, a una charla sobre el origen del Tinku dictada por Tito en la parroquia. Para mi gran alivio, César por fin ha sido encadenado a un poste.

Resulta que la reunión es acerca de dinero, sobre cuánto tiene uno que pagar para grabar video o tomar fotos, y acerca de la imagen negativa que dejaron anteriores reportajes de televisión que, presuntamente, han retratado al Tinku como una salvajada.

El regateo está entre un máximo de doscientos dólares para equipos de video y cincuenta para cámara fotográficas, y un mínimo de diez bolivianos (1,3 dólares), suma propuesta por un guía turístico que había llegado con ocho extranjeros y que se quejaba de que las tarifas deberían comunicarse de antemano. El espacio de negociación es tan amplio como difícil.

La decisión es unánime por parte de las autoridades comunales: no se permite a nadie tomar ninguna imagen. No pude entender cómo se redactó el decreto, pero Tito me aclaró que la esencia era que cualquiera que fuese sorprendido haciéndolo se llevaría una paliza y sería expulsado del pueblo. Amenaza suficiente para hacer que cualquier persona sensata deje la cámara en el hospedaje. Por cierto, menciono esto en aras de la

claridad: la mayoría de los forasteros, incluyendo a bolivianos de otras partes del país, somos visitantes notoriamente indeseables para la población local y los demás participantes en el Tinku. No deseados pero tolerados, supongo que por los ingresos extras que generamos. Cada vez que mis ojos se encontraban con los de un hombre o una mujer de la localidad tenía la impresión de que me estaban retando a pelear, y solo un poco menos cuando me cruzaba con viejecitas. Créanlo o no, en una ocasión una mujer de mediana edad, ya borracha (y que acababa de salir del ring de lucha, por así decirlo), me agarró por los testículos y los apretó durísimo. Después de esto, me asocié con Leo con la solemne promesa de que cuidaríamos el uno del otro. Con el tiempo, uno aprende a no mirar a nadie a los ojos. Mirar directo a los ojos a alguien es como tratar de escrutar en su alma, una intromisión nada bienvenida en estas partes del mundo.

Con la noticia de que tomar fotos ha sido prohibido siento un súbito alivio y me voy derecho a la cama a buscar un poco del sueño. Más tarde, Leo

me despierta con la noticia de que las autoridades locales han dado un giro y han expedido permisos para tomar fotos por veinte dólares. Pago de mala gana, no debido a reparos éticos o por lo del dinero, sino porque el permiso hace que la perspectiva de confrontar gente cámara en mano se vuelva más real. Si detestan una simple mirada, ¿cómo van a reaccionar cuando los enfoco con un lente?

Lo siguiente es una larga noche sin dormir. En la mañana, aún exhausto de preocupación, asumo una visión fatalista de la vida y decido salir, cámara en mano. Junto a la torre de iglesia la policía ha instalado su cuartel general, treinta agentes venidos desde Potosí están a cargo de controlar la multitud y evitar heridas graves y muertes.

Como último recurso para dispersar la turba han traído armas antidisturbios para lanzar gas lacrimógeno. La plaza está en plena ebullición y más grupos de pobladores llegan al ritmo del charango y la flauta, vamos a pelear, golpeando rítmicamente el suelo con los pies y levantando pequeñas nubes de polvo que le dan al espectáculo un aire de ancestral beligerancia.

Habiendo pagado la tarifa de veinte dólares por mi permiso para portar cámara y habiendo recibido la acreditación con el sello de la autoridad de Macha, decido, junto con Leo, mantenerme cerca de la policía. Hay peleas colectivas e individuales por todas partes en la plaza. Las reglas de este año para los enfrentamientos dicen que arrojar piedras está prohibido y que no se permiten más de cuatro personas peleando al mismo tiempo. La primera de estas normas, hasta donde pude ver, era respetada; la segunda no se acataba en absoluto. Vi grupos numerosos, de veinte o más personas, atacándose entre sí.

¿Estos enfrentamientos están ritualizados siguiendo una serie de reglas para el combate, tal como sostiene Tito? ¿O son peleas salvajes motivadas por la sed de sangre? La línea divisoria entre estas dos categorías es ciertamente delgada. Algunos de los hombres que fotografié desafiaban a adversarios más o menos de su misma edad y tamaño, comenzaban la lucha con un apretón de manos y la terminaban con un abrazo. A otros los capté corriendo entre la multitud y golpeando a cualquiera que hubiera en su camino, incluyendo policías.

Un joven boliviano que asiste a su tercer Tinku, venido desde Buenos Aires, Argentina, para estar con sus parientes, luchar por su comunidad y encontrar esposa, opina, a pesar de su nariz sangrante, que el Tinku es, simplemente, una gran fiesta. Mientras se lanzan golpes, se rompen dedos y narices, y los dientes vuelan por los aires, un fascinado público de ambos sexos y todas las edades aplaude y grita en frenético *crescendo*.

Quienes ya han peleado tratan de convencer a otros de su comunidad de que también lo hagan, por honor y prestigio. Algunas mujeres que incitan a sus maridos a pelear están atareadas curando sus heridas, y otras incluso luchan entre ellas, igual que los hombres.

La policía, poca y mal equipada, solo interviene para separar peleas cuando ven que alguien ha caído y está siendo pateado en la cabeza por su adversario. La mayoría de los miembros de la comunidad internacional han optado por la única cosa sensata por hacer, esto es, ponerse cómodos en el balcón del hospedaje de don Diógenes con una cerveza fría en la mano.

La lucha vino y se fue, así como la marea sube y baja: fuerte en la mañana, algo menos bajo el sol implacable del mediodía y en ascenso de nuevo hacia el atardecer.

Por la noche es posible encontrar a muchos de los hombres dormidos en las esquinas, algunos se vomitaron y se orinaron en los pantalones.

Al final de la tarde de mi quinto día en Macha, encontré quién me llevara a Cochabamba en compañía de una

estudiante de sociología de Berkeley, hija de inmigrantes filipinos en los Estados Unidos, y sus dos hijos. Un agradable viaje de nueve horas. Conversamos acerca de nuestro voyerismo, disfrazado tras la apariencia de nuestras profesiones, y acerca de la fascinación por

el peligro; también especulamos sobre cuánto les tomaría a los miembros de la comunidad internacional verse envueltos en la pelea.

En los días siguientes supe que no ha habido muertes en años recientes en el Tinku. De acuerdo con Tito, esto

significa que no ha habido Tinku en absoluto y que la cosecha del próximo año será mala. Dudo que Tito, o alguien más, pueda jamás convencer a un panel de funcionarios de la Unesco de incluir al Tinku en la lista del patrimonio cultural intangible de la humanidad. ©



Los suicidas del Palacio Nacional

por JUAN FERNANDO RAMÍREZ ARANGO
• Fotografías archivo particular

El 13 de enero de 1991, *El Colombiano* anunciaba en su página nueve: "Se vende el Palacio Nacional". ¿La razón? Porque las Empresas Departamentales de Antioquia ya no estaban "en condiciones de dar sostenimiento a esa edificación". Por eso la estaban ofreciendo en subasta pública a un precio base de mil millones de pesos, unos 13 770 millones de hoy.

Esa, sin embargo, no era la primera vez que el Palacio se ponía en venta: construido a partir del 27 de octubre de 1925, en los terrenos de la antigua Cárcel Celular del Distrito, le perteneció inicialmente a la Nación. Allí, esta instaló, en 88 oficinas, sus dependencias de Correos, Telégrafos, Rentas Nacionales, Tribunal de lo Contencioso, etc., durante cuatro décadas, hasta que, el 26 de septiembre de 1972, se lo vendió al Departamento de Antioquia por veintitrés millones de pesos, más de diecisiete mil millones de hoy.

Transacción que, a la postre, tras cuatro años de negociaciones, se saldó con un intercambio: la Nación recibió un lote de 17 480 metros cuadrados en La Alpujarra y se comprometió a construir en ese sector una edificación de 27 pisos, el Centro Administrativo Departamental, avaluada en cien millones de pesos, unos 36 000 millones de 2022.

Mientras se llevaban a cabo esas largas negociaciones, se barajó la posibilidad de demoler el Palacio, la cual se descartó porque el costo de la demolición superaba el valor del terreno donde estaba construido.

Más allá de ese motivo financiero, la opinión pública estuvo a favor de la demolición. En el imaginario colectivo, el Palacio estaba marcado por la tragedia desde que, en 1951, un ciudadano alemán se lanzó al vacío desde una de sus torres, "ejemplo que muchos fueron siguiendo con el tiempo", convirtiéndose al quinto piso del Palacio en el epicentro de los suicidios de Medellín, con más de sesenta casos registrados hasta 1990. A continuación, una muestra de los más destacados.

Lucilo Antonio Londoño se lanzó al vacío desde el quinto piso del Palacio Nacional el 2 de mayo 1964, tenía 25 años. Era el primer caso que se registraba desde el 7 de septiembre de 1962, nunca había pasado tanto tiempo entre salto y salto, casi veinte meses. Ocurrió, según *Sucesos Sensacionales*, a las 8:27 a. m.: "La nueva víctima del fatídico edificio cayó sobre el andén izquierdo del Palacio, en dirección sur a norte, al lado de la carrera Carabobo, a pocos pasos del cruce con la calle Pichincha, en posición de cúbito dorsal". Minutos antes, Lucilo Antonio había comprado dos paquetes de cigarrillos: uno de Lucky y otro de Pielroja, y una caja de fósforos. Además de esas últimas pertenencias, en los bolsillos llevaba un cortaúñas, 180 pesos en billetes y treinta en monedas, varias facturas por compra de abarrotos, una foto de "una mujer en pose pornográfica", de Lovaina, una libreta de apuntes y una esquila. La cual estaba escrita de su puño y letra. ¿Qué decía? "Era una oración satánica", que rezaba así: "Oh, ministro

infernal, por el poder que tienes te pido que penetres en el corazón de... y no la dejes tener descanso ni para dormir ni para conversar con otro hasta que a mis pies venga ya humillada". ¿A quién iba dirigido ese amarre de amor sin destinatario a la vista? "Quizás la de la foto vulgar fue la mujer que inspiró a la mente enferma de Lucilo para escribir aquella esquila diabólica".

Del levantamiento del cadáver se encargó el inspector Darío Giraldo Arteaga, luego de sortear a una multitud de noveleros: "No menos de mil personas obstaculizaron el libre tránsito en la carrera Carabobo para curiosar el cadáver del infortunado suicida". Mientras el inspector llevaba a cabo el levantamiento, se le acercó uno de los tinterillos del lugar con el fin de dar testimonio de las palabras que había intercambiado con Lucilo, quizá sus últimas palabras: "Su declaración de renta... yo le saco su paz y salvo en dos minutos". A lo que Lucilo replicó lo siguiente: "Cuál paz, ni cuál salvo", y siguió de largo hacia las puertas del Palacio Nacional. Puertas que, como si fueran el paz y salvo definitivo, faltaban dos minutos para que las abrieran. ¿Qué más le dijo el tinterillo al inspector? Que Lucilo "daba muestras de estar pasado de copas". Entre ese diálogo exprés y la hora del salto al más allá, no se sabe qué pasó, hay una elipsis narrativa de 29 minutos, que terminó con la declaración de un muchacho que vio la caída desde la acera de Almacenes Caravana, calificándola de silenciosa: "Sin el grito de horror que dieron otros

que corrieron la misma suerte". Al impactar contra el piso, a Lucilo se le dañó su "carísimo reloj", el cual quedó marcando para siempre la hora señalada arriba: 8:27 a. m. Minutos antes del cierre de edición, *Sucesos Sensacionales* logró establecer que Lucilo vivía en el barrio París y que era propietario de un granero ubicado en el barrio Santander, denominado "Por si acaso".

María Ángela Marín se lanzó al vacío desde el quinto piso del Palacio Nacional el 1 de diciembre de 1964, tenía 17 años. Era la segunda mujer de la lista y, en general, la víctima número 33 que cobraba esa altura. Antes de saltar, se quitó los zapatos y el bolso, que hacían juego, eran blancos. Dos pisos más abajo, se percató del hecho una empleada del aseo, de nombre de pila Gloria, quien fue a darle aviso a un agente de la policía identificado con la placa 125-81, adscrita al juzgado de menores, situado en el cuarto piso del Palacio: "Corra... corra señor agente... vea que aquella niña se va a tirar...".

Sin embargo, no bien el agente salió a todo correr, María Ángela saltó al más allá, estrellándose contra el pavimento en pleno cruce de Carabobo con Ayacucho: "A pocos pasos de los gestores improvisados que laboran con máquinas de escribir en favor de los declarantes de la Renta y el Patrimonio. Uno de ellos estuvo a punto de ser alcanzado por el cuerpo de la jovencita, y también un conductor de taxi que en ese instante esperaba a su esposa". El instante fue registrado por uno de los mecanógrafos: 9:17 a. m. De inmediato, ocurrió lo



que señalaría cuatro días después *Sucesos Sensacionales* en un pie de foto: "Los curiosos invadieron el lugar obstaculizando la diligencia de levantamiento". Levantamiento al que acudió el doctor Luis Eduardo Quiroz, encontrándose con esta sorpresa: "Aún respiraba, y eso fue suficiente para que el doctor enviara a la víctima a la Policlínica Municipal en demanda de los auxilios médicos. Vano empeño, porque en el trayecto falleció María Ángela a causa de los destrozos internos producidos por el fortísimo golpe".

Mientras tanto, el referido semanario de crónica roja lograría averiguar qué había en el bolso de la suicida 33. ¿Qué había? Once pesos con veinte centavos, un pañuelo, un pintalabios y dos recibos de Foto Lujo, correspondientes a fotografías tomadas un día antes de morir. Además, un libro de cómic que le había regalado su "íntima amiga Fanny", titulado *La jaula de oro*, el cual no alcanzó a leer. Al parecer, iban a saltar juntas, cogidas de la mano, pero Fanny le quitó el mal.

Fanny vivía en Campo Valdés y María Ángela en Buenos Aires. Y la noche anterior la habían pasado juntas en la casa de la primera. Al día siguiente, muy temprano, se trasladaron en bus hacia el Centro de la ciudad y luego a pie hasta el puesto de revistas de Fanny, ubicado en el andén del Palacio Nacional que da sobre la carrera Carabobo. Allí, Fanny le regaló el referido libro de cómic a María Ángela y "hablaron durante mucho rato cosas que solamente Fanny sabe". Minutos después, la vio caer: "De inmediato, cerró el negocio y se fue a su casa, a llorar por el trágico acontecimiento".

La investigación del caso arrojó como causa del suicidio la decepción amorosa. Los vecinos de María Ángela le echaron la culpa a un supuesto novio de la suicida 33, Horacio López, alias Rayo, a quien intentaron asesinar tras el velorio: "Se formó la tremolina y llevó las de perder Rayo al recibir un balazo en la mano izquierda... Los otros proyectiles que fueron disparados no hicieron blanco en su humanidad...". María Ángela sería enterrada el 5 de diciembre. Dos días más tarde, como si

hubiera generado imitadoras instantáneamente, otra mujer joven, Nora Elvira Correa, de 22 años, pasaría a mejor vida siguiendo el mismo *modus operandi*. Y el martes 8, un par de muchachas que iban a saltar juntas, fueron detenidas a tiempo.

La inusual cercanía entre los suicidios 33 y 34, inspiraría el editorial de la edición 406 de *Sucesos Sensacionales*, publicada el 12 de diciembre de 1964, en el que pedían la demolición del "Palacio Trágico": "La sociedad ha clamado ante el organismo oficial propietario del Palacio Nacional para que, haciendo uso de su sabiduría, ordene la demolición de aquel esperpento de hierro y cemento, pero a esos clamores naturales y sentidos, ha respondido el más impresionante de los silencios, como si en realidad de verdad a los gobernantes en nada interesara la suerte de quienes desesperados por múltiples problemas escapan por las vías de la autoeliminación al tormento cotidiano de la angustia".

Ese clamor popular contra el Palacio tocaría techo el miércoles 29 de mayo de 1968, cuando se lanzó al vacío desde el quinto piso Dioselina Ramírez de Castro, madre de seis hijos, convirtiéndose en la séptima víctima femenina en hacerlo, la 41 en total. Al igual que María Ángela, antes de saltar, Dioselina también se quitó los zapatos y el bolso, aunque no los dejó al borde del abismo, sino en el ascensor: "El ascensorista de turno dio aviso que la señora había dejado abandonado dentro del aparato, la cartera y los zapatos, para llegar desprovista de todos esos implementos hasta la orilla fatal del edificio". ¿Cuál orilla? La que da a la calle Ayacucho. Una vez allí, mientras el ascensor bajaba y los relojes estaban a punto de marcar las 11:35 a. m., Dioselina empezó a hacer "cabriolas con ademán de arrepentimiento". Las cuales llamaron la atención de los transeúntes, quienes reaccionaron de dos formas distintas: "Muchas personas gritaron frenéticas para evitar el salto. Otras subieron precipitadamente al ascensor para dirigirse a lo alto del vetusto caserón y evitar la tragedia". Sin embargo, ninguno de los dos esfuerzos sería

suficiente: los que iban en el ascensor se quedaron a medio camino y los gritos de "¡Cuidado! ¡Cuidadooooo!", no frenaron la caída: "El golpe fue seco, fuerte, resonante. La estrellada del cuerpo femenino contra el pavimento causó tal estupor que silenció a la multitud". Y tras ese golpe silencioso, ocurrió una nueva coincidencia con el caso de María Ángela, ya que Dioselina también cayó con vida: "El cuerpo, dando señales de vida, fue recogido y conducido de urgencia a la Policlínica Municipal por una patrulla que en esos momentos transitaba por Carabobo hacia el norte de la ciudad". Lapso que le pondría fin a las coincidencias, pues Dioselina, a diferencia de María Ángela, no murió en el camino: "Médicos, anestésistas, ortopedistas, traumatólogos, atendieron a la señora en forma solícita, alcanzando a sobrevivir a las mortales lesiones por cerca de media hora".

La diligencia del levantamiento estuvo a cargo del doctor Augusto Naranjo Serna, a quien le avisaron de la muerte a las 12:10 p. m. Como a esa hora el ascensorista no había comunicado que tenía en su poder el bolso de Dioselina, identificaron el cadáver como NN. ¿Qué había en el bolso? Solamente "El carnet de los Seguros Sociales sobre Maternidad Domiciliaria", que señalaba que Dioselina había nacido en Supía, Caldas, en 1936, o sea que contaba 32 años cuando se quitó la vida, siendo madre por primera vez a los 18. De la comparación entre la foto del carnet y la del cadáver, de ese antes y el después del salto, resultarían estas líneas epitáficas de *Sucesos Sensacionales*: "Joven y agraciada, su fisonomía demostraba que era una mujer de clase humilde y trabajadora. La caída no había desfigurado su rostro en lo más mínimo".

El cadáver con el rostro intacto sería reclamado por el esposo de Dioselina, Carlos Arturo Castro: "Quien contó que tienen seis hijos, el mayor de 14 años, y que Dioselina salió a eso de las 10 de la mañana de su casa, acusando síntomas de ansiedad".

José Helderfor Garzón se lanzó al vacío desde el quinto piso del Palacio Nacional el 13 de marzo de 1969, tenía

33 años, trabajaba en EPM como revisor de contadores de energía. Era el suicidio número 44 desde ese lugar y la primera y única vez que el cuerpo en caída libre impactaba a un transeúnte. El hecho ocurrió a las 5:10 p. m., "hora en que centenares de personas van y vienen por la carrera 52", y otras tantas por Cundinamarca para coger el bus. De pronto, rompiendo ese vaivén humano, se oyó el grito de una señora mayor que, "espantada por el espectáculo que vieron sus ojos", tuvo que ser auxiliada por otros transeúntes. ¿Qué vio? "La aparatosa caída de un cuerpo sobre otro, los cuales se extendieron cuan largos eran a un lado de la acera, casi en mitad de la calle". La calle era Ayacucho, a pocos pasos del cruce con Carabobo. Cruce que, de inmediato, se llenó de curiosos, rodeando a los dos hombres: "Uno, el que minutos antes estuvo paseándose por la terraza del vetusto edificio, yacía sobre el piso de medio lado, dando señales de vida. Y el otro, boca abajo, daba la impresión de hallarse muerto". Ante ese cuadro confuso, los curiosos, según *Sucesos Sensacionales*, plantearon dos hipótesis: 1) que se habían tirado juntos. Y 2) que habían caído juntos luego de trenzarse en una pelea. Mientras debatían ese par de hipótesis falsas, llegó una patrulla de la policía, liderada por el agente de placas 15662, quien les ordenó a sus compañeros que levantarán al ciudadano que daba señales de vida, o sea a José Helderfor, y "lo llevarán sin pérdida de tiempo a la Policlínica Municipal". ¿Qué pasó con el otro? Los agentes, "temerosos de que estuviera muerto", no se atrevieron a recogerlo del suelo para conducirlo a dicho centro de urgencias médicas, y optaron, más bien, por esperar a que el inspector de turno fuera a diligenciar el levantamiento del cadáver. La espera, sin embargo, fue interrumpida cuando los agentes observaron movimientos en el presunto fallecido: "Uno de ellos dijo en voz alta: 'Pero si está vivo...'. Y, al punto, lo subieron al primer vehículo que vieron, en el cual lo trasladaron a la Policlínica". No bien llegó allá, como

Medellín, domingo 13 de enero de 1991

ANTIOQUIA

Coordinadora: Lucía Teresa Solano B.

El COLOMBIANO 9A

Se vende el Palacio Nacional

El 20 de diciembre de 1990, la junta directiva de las Empresas Departamentales de Antioquia - EDA-, decidió vender el Palacio Nacional, mediante licitación pública... ¿La razón del negocio? La entidad oficial, que está dedicada a la prestación del servicio de comunicaciones en el departamento, está pagando una deuda externa y no está en condiciones de dar sostenimiento a esta edificación. Por la misma situación, la Asamblea, en las últimas sesiones ordinarias le autorizó la enajenación de unas minas de carbón... Se pudo establecer que la suma que servirá de base para la venta del edificio construido entre 1924 y 1925 es de \$1.000 millones.

SE FUERON...
Antes de levantarse en ese lugar el Palacio, quedaba allí una cárcel, la cual fue construida por los presos... Poco a poco, al mismo ritmo que el Estado le pone a sus obras, se inició la construcción del Palacio en 1925. A la ceremonia de colocación de la primera piedra estuvo presente el entonces ministro de Obras Públicas, Laureano Gómez.

Con el gigantismo del Estado, con los equipos que se hacían indispensables para prestar ciertos servicios y con el crecimiento de la ciudad, las oficinas de la Nación, en Medellín, comenzaron a independizarse y a llevarse sus sedes del Palacio. Otros palacios y otras edificaciones importantes comenzaron a levantarse en la ciudad y para ellas se fueron varias dependencias que pudieran así, ampliar sus servicios.

Palacio Nacional, escenario de cientos de historias importantes, insignificantes y dolorosas.

Una historia en todas direcciones.

lote de 17.480 metros cuadrados en el sector de La Alpujarra o lo que hoy se denomina Centro Administrativo Departamental. Se presentaron tres

publicó una historia del Palacio Nacional y en ella se aseguraba que "su construcción es sólida, sobre un área aproximada de cuatro mil metros, con más de tres mil toneladas de hierro, ladrillo plancho y, como si fuera poco, con pega a base de argamasa", o sea, cemento, arena y sangre de animal".

Y agregaba: "Hay quienes sostienen que puede costar más la demolición que el valor del terreno donde está construido. Otros afirman que el solo hierro, cerraduras, ventiladores y otros materiales pueden valer más de 3 millones de pesos".

LA TRAGEDIA
Pero desde 1951, el Palacio Nacional había sido "marcado" por la tragedia. Un ciudadano alemán residente en la capital antioqueña se lanzó al vacío, ejemplo que muchos otros fueron siguiendo con el tiempo. Mucho más de medio centenar de personas puso fin a sus días al tirarse de las torres. Los recuerdos de algunos apuntan a que las decepciones amorosas fueron la causa de muchas de esas muertes... En su interior se han proferido cientos de sentencias. Muchas lágrimas brotaron de los ojos de quienes estuvieron en los tribunales y juzgados que allí funcionaron por años.

Las aceras del Palacio Nacional fueron y continúan siendo centro comercial de productos que venden indígenas ecuatorianos, yerbos y otras sustancias; de igual manera, acogeron a cantidades de tinterillos que se ganaban la vida teleando documentos para los juzgados o para llenar los formularios de las declaraciones de renta.

si la caída los hubiera emparentado a ambos irónicamente, José Helder, el suicida, falleció en la sala de operaciones: “Tan graves fueron las lesiones y el traumatismo craneano que había sufrido al caer que no sobrevivió pese a los esfuerzos de los galenos”. Minutos después, a las seis de la tarde, *Sucesos Sensacionales* telefonó a Policlínica y el comandante de guardia de ese centro asistencial confirmó la muerte y agregó que, en ese momento, el inspector Salgado estaba realizando las labores de levantamiento. El otro, por su parte, “presenta una lesión en el cuero cabelludo, están tratándolo y se teme que tenga partido el cráneo, se encuentra grave”. ¿Quién era el otro? Estanislao Piedrahita, de 68 años de edad, descrito por el comandante de guardia como “regularmente vestido”. Y al día siguiente, por el referido seminario de crónica roja, como un caso milagroso, “que ni Ripley lo creería”: ya que, “a las siete y media de la noche, ante la natural sorpresa de los doctores que lo atendían, se levantó de la camilla y preguntó dónde estaba”. Además, esa misma noche le dieron de alta, “puede irse, dele las gracias a Dios por haberse salvado”, y regresó en taxi a su casa, ubicada en Maturín a la altura de la carrera San Félix, a escasas cuadras del Palacio Nacional.

Posdata 1: A continuación, brevemente, otros casos interesantes: 1) el primero de todos, como se dijo arriba, fue protagonizado por un ciudadano de origen alemán, en cuya nota de suicidio manifestó estar cansado de la vida: “Desempleado y desadaptado, encontré insulso el hecho de vivir para solo quitarse y ponerse los calzones. Y se arrojó al vacío desde un lugar cercano a la torre de Ayacucho con Pichincha, cayendo muy cerca del lugar donde vendía hielo picado mezclado con jarabe kumis y pandequeso, el viejo Páramo, un hombre a quien le atribuimos haber sido el pionero de las modernas heladerías que hoy existen en Medellín”. 2) El 7 de septiembre de 1962 se presentó el antecedente más cercano de un suicida cayéndose encima a un transeúnte. Se trató de Octavio de Jesús Zapata, de 22 años, obrero de Sedeco, cuyo cuerpo en caída libre rozó la mano a “una humilde revendedora de bocadillos y buñuelos”,

antes de estrellarse contra el piso de Carabobo y morir en una patrulla camino a Policlínica. 3) El 30 de mayo de 1968, un día después del suicidio de Dioselina Ramírez, la madre de seis hijos, se lanzó al vacío desde el quinto piso del Palacio Nacional Rodrigo Echavarría Isaza, de 20 años, con la particularidad de hacerlo esposado, cayendo de bruces sobre la acera de Carabobo, donde “las esposas se le abrieron de sus manos con el impacto”, muriendo instantáneamente. Saltó para librarse de la pena que le iban a imponer en el Juzgado Octavo, ubicado en el mismo piso, se le acusaba de tráfico y consumo de marihuana. El caso se convertiría en una leyenda urbana en la ciudad, según la cual todos los suicidas del “Palacio Trágico” eran presos recién juzgados que preferían la muerte antes que la cárcel. 4) El 12 de agosto de 1968 se lanzó al vacío Oscar Alonso Álvarez, de 29 años, con

dos peculiaridades: no lo hizo desde el quinto piso, sino desde el cuarto, y no saltó hacia la calle, sino al interior del Palacio: “Sobrevivió a la mortal caída por espacio de unos doce minutos. Las heridas internas recibidas por el golpe contra el piso de baldosas, le destrozaron en forma impresionante la masa encefálica, al igual que las piernas y los brazos”. Y 5) el 9 de agosto de 1974 se lanzó al vacío desde el quinto piso el Palacio Nacional, Luis Oswaldo Pabón, de 24 años, un ex voceador de prensa que, en la víspera del salto, se fugó del Hospital Mental de Bello, sufría de delirio de persecución, agudizado por haber presenciado un robo en Belén San Bernardo dos meses atrás, siendo después testigo de cargo contra el conocido ladrón, alias el Negro Mena, quien lo amenazó con esta frase premonitoria: “Los sapos mueren estripados”. De ahí este pie de foto concluyente de *Sucesos*

Sensacionales: “Por miedo a Mena prefirió suicidarse”.

Posdata 2: El 23 de abril de 1991, por 1139 millones de pesos, unos 15 685 millones de hoy, el Palacio fue vendido a un comerciante libanés, bajo esta condición *sine qua non*: “Conservarlo intacto, porque, pese a su deterioro y a lo que allí ha sucedido, es un monumento nacional”. Monumento nacional que, desde 1993, es un centro comercial.

Posdata 3: Promediando la década del sesenta, al Palacio Nacional le apareció un competidor insuperable en la disputa por los suicidios de Medellín. ¿Quién? El Folíolid, un insecticida de venta libre importado de Alemania por la industria floral, el cual, entre 1964 y 1968, cobraría más de doscientas vidas, antes de ser restringida su circulación en 1969. Pero no nos adelantemos, esa historia se la contaré en una próxima edición de *Universo Centro*. ©



En su último número de 2021, *Universo Centro* incluyó un texto curioso: un comentario crítico de Santiago Rodas sobre *La sombra de Orión*, novela de Pablo Montoya. Aunque nunca ha sido ajeno a la divulgación de la literatura local y nacional, el periódico suele apostar por los avances o reproducciones de contenido —como lo hizo con *La sombra de Orión*— antes que por las reseñas. Por supuesto, nada impide salirse de esa tendencia editorial: el afán de celebrar o fusilar un libro puede ser motivación suficiente para publicar un texto que, como el de Rodas, no se queda a medias tintas. No es de otra manera: el reseñista ataca la novela como una fiera hambrienta o como un pistolero encargado de un ajuste de cuentas.

Larga vida a las diatribas. Algunas de ellas —como las que dirigió Manuel González Prada contra los románticos españoles— son geniales por su buena escritura, sin que importe su descomedimiento. Sin embargo, dudo que el ataque de Rodas contra *La sombra de Orión* alcance a ser memorable por su factura. Me queda la impresión de que, formalmente, como sistema de argumentos, es un edificio a punto de venirse a pique, o, para decirlo en contexto, de hacerse escombros. Muy pronto se ven las fisuras de las paredes: en el segundo párrafo, Rodas confiesa que empezó a leer el libro sin muchas expectativas (confesión que mueve tanto a la compasión como a la sospecha). Pero lo más significativo ya ha ocurrido en el primer párrafo, donde el crítico dice —casi grita— que él es un experto en el tema de la novela: “Conozco muchos de los personajes que aparecen en el texto, a los raperos, a las doñas, a los grafiteros; he recorrido las calles que se describen, he estado varias veces en La Escombrera, conozco el detalle de las investigaciones que allí se realizaron. Digamos que entiendo bastante bien los hechos de la Operación Orión”. Yo, cuando hago de reseñista, procuro no dejarme ver, o, por lo menos, evito la jactancia. Sin embargo, cada quien sabrá cómo conducirse: Pedro de Cieza de León —el mejor cronista español sobre los Andes— quiso ganarle la partida a sus colegas con el insistente argumento de que él había visto aquello de lo que hablaba, y que, en consecuencia, había que creerle como a la Biblia.

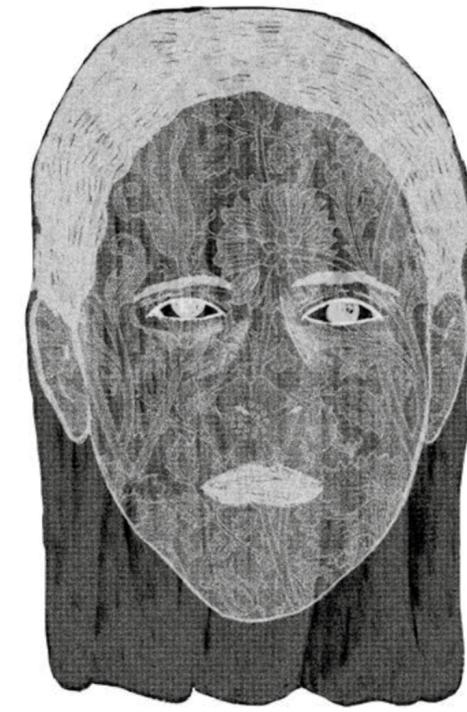
En su mayor parte, la diatriba de Rodas se apoya en la idea de que *La sombra de Orión* no es fiel a la realidad que pretende representar. Tratándose de ficción, tal juicio es absurdo. Pareciera que el reseñista asume que Pedro Cadavid —el protagonista— es Pablo Montoya, y que La Comuna —el espacio de los hechos novelescos— es la Comuna 13, y de ahí que, de manera tan candorosa, declare que conoce a los personajes. Le dio más importancia de la que conviene a las declaraciones del autor sobre su propia obra —un arma de doble filo—, o se tomó muy en serio aquella frase, quizá falsa, con la que Flaubert habría confesado ser *madame Bovary*. De otro modo, no pretendería las cosas que pretende, entre ellas denunciar como “desafortunadas” las descripciones de los espacios en que transcurre la novela. Ejemplo de esto serían, de acuerdo con Rodas, la descripción de la Universidad de Antioquia —aunque no se la menciona en *La sombra de Orión*— como una selva exuberante y henchida de referentes lujuriosos, o la de La Comuna como un amontonamiento de casitas. Si nuestro hombre visitara las vegas del Amaime, le cantaría la tabla a Jorge Isaacs por haberles puesto, encima, nubecillas de oro.

Es desconcertante la actitud de Rodas de aceptar, por un lado, que *La sombra de Orión* es una ficción —lo hace, a regañadientes, en el penúltimo párrafo de su andanada—, y por otro, de no permitirle las licencias que vienen con

Amarguras infinitas

por JUAN CARLOS ORREGO

• Ilustración de Sara Rodas



esa clasificación. Lejos de la idea de que el universo de la novela puede y debe ser autónomo, o de que lo que percibimos como realidad solo podría deformarse al aparecer en el ambiguo espejo literario —siempre simbólico y tantas veces alegórico—, el comentarista se decepciona porque *La sombra de Orión* no hace sociología, historia o crónica de los nefastos acontecimientos de la Operación Orión. Como apenas hace novela —y una que a él no le parece exacta—, se desgarran las vestiduras. Este descontento de Rodas, que quizá no sea solo suyo, es síntoma de lo que se me ocurre llamar la “aricapización” de la escritura sobre la violencia urbana. Las crudas y conmovedoras crónicas de Ricardo Aricapa sobre la Comuna 13, de tan exitosas, habrían devenido en modelo narrativo para referirse a lugares como ese y a sus conflictos. Todo lo que no sea inmediatez periodística o realismo documentado se mira por el rabillo del ojo. De hecho, Rodas va más allá y pide, también, un lenguaje directo o etnográfico —sucio de sintaxis callejera, según sus términos— para tratar el tema: denuncia a Montoya por usar la palabra “perplejos” y otras de la misma laya (“usa todo el tiempo este tipo de adjetivos”, dice, como un acusetas

de colegio). Para no agravar su alergia a la retórica —aunque salga perjudicada su experiencia literaria—, es mejor que nuestro crítico no se arrime a la obra de Tomás Carrasquilla, Mario Escobar Velásquez y otros “letrados” antioqueños.

En su empecinamiento contra lo novelístico de la novela, Rodas hace un juicio adverso del final de *La sombra de Orión*. Le parece que un drama colectivo de nuestra historia reciente se pierde en la aventura hippie de Pedro Cadavid, quien toma yagé para sanarse de la angustia que le produce escribir sobre la Operación Orión; apunta Rodas: “En este caso es un gran despropósito ‘pachamamizar’ el sufrimiento de los otros y volcarlo a la fuerza, a las dolencias propias de quien, de manera académica y con guantes, se acerca al núcleo del dolor más grande de la ciudad [...], porque lo importante para el texto, en definitiva, es el dolor individual de un escritor que solo parece tener sensibilidad para sus propios fantasmas”. Aunque lo de la “pachamización” es gracioso y sugiere una vía analítica sobre la idealización americanista de Alma —heroína de la novela—, esas palabras conducen a un callejón sin salida. ¿Qué es lo que la novela debía proponer como solución? Y si

fuera esto o aquello, ¿cómo podría haberlo hecho sin recurrir a la individualidad representativa de un personaje concreto? El reseñista jamás lo aclara: solo hace sentir su rabia porque Pedro Cadavid sea una especie de “elegido secreto”. Pero la novela, genéricamente hablando, no puede ser otra cosa que una exploración sobre lo que le sucede a un individuo, definido por su conciencia fragmentada. Si se quiere otra cosa, siempre se puede recurrir a la fe gregaria de la épica, a los hallazgos de las ciencias sociales o a las ilusiones colectivistas de los discursos veintejuleros. Pero no se le puede pedir a una novela que no sea una novela.

En su forzada admisión de que *La sombra de Orión* es una obra de ficción, Rodas establece una condición para este tipo de manifestaciones: que hagan explícito “el entramado y los intereses políticos de quien escribe”. ¿Acaso Montoya no revela una posición o perspectiva política? Lo hace, sin duda, pero solo si se entiende que lo político se refiere a la relación del hombre con el poder, con todo lo que se deriva de ella. En esa medida, es plenamente política una reflexión artística que, como la de *La sombra de Orión*, se ocupa de los excesos de un poder indolente, ajeno a la palpación vital de una comunidad humana. ¿O se trata de hablar de los políticos locales? Más allá de eso, son los símbolos literarios que encarna esa comunidad afligida —convertida en “vitrina de voces”, de acuerdo con una frase un tanto despectiva del crítico— lo que permite que la novela logre lo único que, en tanto obra de ficción, podría lograr ante el problema de la Comuna 13, pisoteada por la fuerza pública y otros grupos armados: establecer un nuevo punto de apoyo —un acicate inédito— para la memoria. Pero Rodas insiste en que se trata de una solución fallida, y, como digo, es avaro —o confuso— cuando se trata de revelar cuál era, entonces, esa solución natural con la que la novela no pudo dar. En vez de eso, la invectiva del comentarista se refugia en el palabrerío. Hubiera sido más sencillo —y más modesto— decir que la solución que propone *La sombra de Orión* es apenas una alternativa, entre otras posibles, frente al silencio que ensombrea la historia de esa parte de Medellín.

Siento la tentación de referirme a otros planteamientos de la reseña: por ejemplo, a la pretensión populista de quejarse porque, en la novela de Montoya, los personajes femeninos son, apenas, ayudantes del protagonista masculino; o a la intención prejuiciada de denunciar el presunto afrancesamiento del autor; o, en fin, a la idea de que la obra acaba “deshilachándose”, contradictoria con la percepción de que tiene un desenlace muy definido. Sin embargo, para no hacer más largo este *J'accuse* —me disculpo por escribirlo en francés y no en parlache—, prefiero no ir más allá de este párrafo. Me conformo con mostrar que los argumentos de Rodas pueden discutirse, sin pretender quitarle el derecho a pensar que *La sombra de Orión* es, apenas, “una sola sombra larga”. De eso se trata, precisamente: de lecturas posibles, otra de las cuales es la mía, situada en una órbita distinta a la de Rodas (y, a mi vez, no puedo evitar pensar que su reseña —para seguir en clave de José Asunción Silva— no es más que un zurcido de “amarguras infinitas”). Me parece importante reivindicar esa pluralidad, ahora cuando las opiniones no azucaradas de Pablo Montoya sobre Jaime Jaramillo Escobar han suscitado, contra el novelista, alegatos más apasionados que objetivos. Como eso no es justo con el escritor —ni saludable para el ejercicio de la crítica literaria—, conviene ponerse en guardia y ajustar las cargas. ©



Fotografía de Juan Fernando Ospina



Alejandra Arbeláez
Transubstanciación
Objeto construido con esqueleto de hoja de árbol
Colección Museo de Antioquia
Medellín
2021

*Actualmente hace parte de la exposición *El Jardín de los senderos que se bifurcan: actos fundantes, gestos refundantes* del Museo de Antioquia.

Las líneas caprichosas de los mapas tienen poderes que pueden resultar trágicos. Cúcuta y el Catatumbo han sufrido por años la maldición de los negocios, los escondites y las miserias que deja la gresca entre Colombia y Venezuela. Ahora que están en boga las guerras fronterizas dejamos una crónica de los horrores de esa franja en disputa.

Los sonidos de las bestias

Fotografías y texto por ANDREA ALDANA



Llevamos un par de horas juntas, ya entramos en confianza. Estamos sentadas sobre el tronco de un árbol en el suelo y de pronto me pregunta si lo quiero ver. No respondo, no sé si quiero. Entonces decide por las dos. Se levanta, se manda la mano a la pretina del pantalón que es donde tiene su celular, lo toma y pone a rodar el video que registra la muerte de Digno Emérito Buendía, un campesino al que todos llamaban Avelino. Leidy guarda el video estrictamente para probar cómo resuelven algunos militares las disputas con el campesinado, pero, luego de dar play y extenderme el celular, se aleja casi corriendo hasta un punto en el que no puede escuchar ni ver mis reacciones. La observo con curiosidad. Dos segundos atrás alcancé a ver las lágrimas que amenazaban con salir. Entiendo: no puede ver a don Ave morir otra vez. Digno Emérito murió rápido y de un solo balazo. Siete meses después, Leidy sigue quebrándose al mencionar que era casi un padre para ella.

“¡No se vaya, viejo! ¡No se me vaya!”, veo a Leidy gritar desesperada, enloquecida, mientras se tira al suelo de rodillas y trata de coger el cuerpo caído de don Ave. “No se me vaya, viejo”, repite, pero don Avelino se va. El video en el que veo a Leidy destruida también

registra el asesinato de don Ave por un disparo en el mentón. “No me deje, viejo, no me deje”, suplica absorta al cuerpo entre sus brazos. Las balas siguen sonando, ella no reacciona, alguien la sacude por los hombros: “¡Leidy, el viejo ya murió!”. A Digno Emérito Buendía lo mataron el 18 de mayo de 2020. Le dispararon en medio de un operativo de erradicación forzada a cargo de tropas de la Brigada 30 de la Segunda División del Ejército. En el video se ve a los soldados discutir con los campesinos —uniformados con fusiles discutiendo con civiles—, de pronto suenan disparos, la gente corre y Digno Emérito cae.

“¡Leidy, el viejo ya murió!”.

La sacan a rastras del escenario, ella forcejea, no quiere abandonar el cuerpo, pero los disparos continúan. Alguien toma a Leidy con fuerza y parece arrojarla hacia una zanja. La cámara se agita, registra tierra, botas, matorrales, y vuelve a aparecer ella en pantalla: desde un improvisado refugio y mirando hacia el cadáver de quien fue casi su padre, Leidy Díaz, líder de la Asociación Campesina del Catatumbo (Ascamcat), rompe a llorar. Digno Emérito murió casi al instante y ese día —y varias noches después— toda la vereda Vigilancia lo lloró.

El homicidio de Digno Emérito Buendía ocurrió cuando estaban en un

asentamiento campesino que se levantó para proteger los cultivos de coca, la única economía sostenible que hay en Vigilancia, una vereda en la frontera con Venezuela en el corregimiento Banco de Arena, zona rural de Cúcuta, lugar en el que solo hay caminos de tierra y maleza, casas de bahareque, grupos armados ilegales y ninguna inversión social. Casi dos meses antes, el 26 de marzo de 2020, un día después de que el gobierno ordenara la cuarentena nacional por la covid-19, y durante otro operativo de erradicación forzada, el muerto fue Alejandro Carvajal, un joven que recibió un balazo por la espalda que le atravesó el pecho mientras estaba sentado en su hamaca en otro asentamiento campesino en Sardinata, municipio de la región del Catatumbo a solo dos horas en carro desde Vigilancia. Y esta vez la bala homicida salió de un fusil de hombres del Batallón de Operaciones Terrestres N° 9 que hace parte de la Fuerza de Tarea Vulcano, adscrita también a la Segunda División del Ejército.

La erradicación cargándose vidas. Operativos que generan tensión en quien siembra la mata de coca pero ni cosquillas en quien la procesa, la cristaliza y se lucra de la cocaína. El 28 de octubre de 2021 se presentó otro incidente en medio

de un operativo contra la gente que cultiva: el general Omar Sepúlveda, comandante de la Segunda División del Ejército, denunció en La W Radio que 180 de sus soldados estaban “secuestrados por parte de la comunidad de cocaleros” en la vereda Chiquinquirá, del municipio Tibú. El militar dijo que la instrucción a sus hombres era “cabal respeto por los derechos humanos” y agregó que “hace unos años hubo enfrentamientos y desafortunadamente hubo personas lesionadas de parte y parte”. Pero el general no aclaró que solo llevaban año y medio de haber ocurrido, que más que lesiones hubo homicidios —ya dirán los jueces si culposos, dolosos o preterintencionales— y que los muertos solo pertenecían a la comunidad. Los casos de Digno Emérito Buendía y Alejandro Carvajal siguen siendo “materia de investigación” de poco avance. Leidy sigue llorando su pérdida. ¿Quién lleva el conteo de estos muertos que deja la lucha contra las drogas?

Nos juntamos y empezamos a caminar otra vez. Leidy se interna en una montaña y yo la sigo mientras ascendo de la cuesta. De pronto se detiene, revisa el estado de los arbustos de coca que nos rodean y después se gira para señalar hacia una casa en una loma cercana.

—Mire, la masacre fue allá, pero eso ya es Totumito.

Es el lugar donde, el 18 de julio de 2020, un grupo armado masacró con sevicia a seis campesinos —entre ellos varios migrantes venezolanos— que trabajaban en una finca llamada El Limonar. Me estremezco mirando el “paisaje”.

—¿Y qué hizo la gente?

—¿Qué íbamos a hacer? Al otro día todo el mundo abandonó la vereda. Esto quedó soooooo.

Los muertos terminaron siendo ocho porque los paramilitares autodenominados Los Rastrojos —que es a quienes las autoridades sindicaron como autores de la masacre— ese mismo día retuvieron a dos campesinos de Vigilancia y los arrastraron hacia Totumito-Carbonera, vereda limítrofe pero que ya hace parte del municipio Tibú. Y entre estas dos víctimas estaba Ernesto Aguilar Barreras, integrante de la Junta de Acción Comunal de Vigilancia y del Comité Veredal de Ascamcat, a quien torturaron, mutilaron y asesinaron como en la vieja época paramilitar. Según la Defensoría del Pueblo, después de este crimen, fueron 414 las personas que abandonaron estas veredas.

—Leidy, pero los están matando. No solo tienen al Ejército encima, ahora también están en medio de una guerra entre el ELN y Los Rastrojos. ¿Por qué siguen acá?

—Porque no tenemos más pa dónde ir.

—¿Y de verdad no hay forma de cambiar el cultivo? No sé, de verdad no sé, ¿pero no pueden intentar otra cosa?

—Mija, ¿pero qué? ¿Intentar qué? No podemos. Nosotros no queremos sembrarla, pero mija, erradicar una mata de coca es quitar un plato de comida de la mesa. No podemos sobrevivir de otra forma, no es verdad que podamos, no tenemos cómo y ni siquiera nos quieren meter en el PNIS.

—¿Ustedes no están en el programa de sustitución?

—No, el gobierno no ha querido. Vea, vea toda esta cantidad de cultivo, y así nos dicen que Cúcuta no es municipio priorizado.

Y aunque haya coca para cualquier lado que se mire y la vereda colinde con Tibú, municipio que concentra 19 334 hectáreas sembradas, el trece por ciento del total del cultivo de coca en Colombia, es verdad que Vigilancia no hace parte de los municipios priorizados en el Programa Nacional Integral de Sustitución de Cultivos de Uso Ilícito (PNIS), que se creó luego de la firma del acuerdo de paz con las Farc.

Leidy sigue avanzando, yo me detengo porque veo que de la montaña descendiendo hombres y mujeres con enormes bultos sobre la espalda. Los costales que cargan están llenos de hoja de coca recién raspada. Una pareja, agotada por el peso, suelta los costales en el suelo para darse un respiro y descansar justo donde estoy parada. Están a pocos pasos. Me acerco e intento un diálogo. La chica es venezolana, el joven colombiano, y con esta introducción aprovecho para preguntarle a ella si son muchos los venezolanos que se están viniendo a “raspar coca” en Colombia.

—Chama, sí. Somos muchos, pero es que la cosa está dura en Venezuela.

—¿Y acá no les parece dura?

—Sí, pue, la cosa también está dura acá. Muchos no volvieron después de que mataron a todos los que estaban allí en Totumito. Casi todos eran venezolanos.

—Pero eso fue aquí al lado.

—Sí.

—¿Y no te da miedo? Hasta yo me asusté de estar acá cuando me contaron.

—Sí, pero esto no se hace por gusto, se hace por hambre.

—¿Cuánto llevas ahí?

—Tres arrobos y algo.

—No sé cuánto pesa una arroba.

—Casi trece kilos.

—¿Y cuánto te pagan por la arroba?

—Nueve mil pesos.



—Eso es muy poquito, ¿no?

—Imagine, y aquí es de los sitios que mejor pagan.

—¿Hacés varios viajes?

—Solo me alcanza para dos.

Después me explica, no se refiere a que no le alcance la fuerza o el tiempo sino a la demanda de trabajo cocalero que causa la miseria. Entre colombianos y migrantes venezolanos casi deben disputarse una hectárea de coca para raspar. Cosechan la hoja, la encostalan, se echan el bulto al hombro y empiezan a recorrer un camino de ascenso y descenso de montaña que dura más de una hora —contando los descansos— hasta que llegan al “chongo”, que es el sitio donde descargan, les pesan y les pagan lo recolectado; un rancho de madera en el que también se mezcla la hoja para obtener la pasta de coca. Y cuando emprenden el camino de regreso para el siguiente “viajao”, la hectárea ya está casi toda cosechada por otras manos que también lo necesitan.

“Aquí es de los sitios que mejor pagan”, dijo, y eso me causa curiosidad. Pagan a nueve mil pesos la arroba de hoja de coca que en 2019 pagaban a seis mil, y el kilo de “pasta base” que valía un millón ochocientos a finales de 2018, hoy vale tres millones; está boyante el negocio. Leidy ya va muy adelante y yo me estoy quedando muy atrás, entonces me despido pero antes quiero saber si todavía hay gente recolectando.

—¿Hay más gente arriba o ya bajaron todos?

—No, allá quedaron más.

—¿Son muchos?

—Como doce o quince. Muchos venezolanos.

—¿Y siguen raspando?

—Están esperando que les van a llevar el almuerzo.

—¿Viven acá?

—Los que pueden, pue, los que pueden sí, otros se cruzan para trabajar y luego se regresan a Venezuela por la tarde.

—¿Cruzan por las trochas?

—Sí. Ay, pero esas trochas son otro cuento.

El cuento me lo sé porque conozco lo que pasa en esas trochas: extorsiones, golpizas, secuestros, descuartizamientos, abusos sexuales, desapariciones y asesinatos que sufren migrantes y locales en estos pasos fronterizos ilegales son controlados por el crimen. Me despido de la pareja y mientras ascendo de nuevo por la montaña en busca de Leidy, pienso en el infierno en el que se ha convertido esta parte de la frontera; pienso también en Carlos, un



inmigrante venezolano con el que hablé dos días atrás; y pienso en los criminales, quienes precisamente parecen tener oficina de trabajo en esas trochas. Hay más de un centenar de estas desde Tibú hasta Cúcuta y su área metropolitana, y en alguna han de estar —enterrados o en un río— los restos de Andrés, el hermano de Carlos, desaparecido hace más de dos años.

Cúcuta es un territorio de tránsito. Lo sé. Buena parte de los venezolanos que huyen de su país ingresan a Colombia por Cúcuta, se quedan un par de días en la ciudad, hacen algo de dinero y luego siguen a otras ciudades o países. Por eso, un tanto cínica y para evadir la historia que me está contando —no soporto la crueldad del relato— pregunto a Carlos hasta cuándo se va a quedar. Ha buscado el rastro de su hermano desde que desapareció en una trocha. Sabe que lo retuvieron los paramilitares. Sabe cuál es la trocha en la que lo vieron por última vez. Y sabe que no está vivo: un testigo le contó que tiraron a su hermano y a un amigo de su hermano contra el suelo, que los sujetaron entre varios y que le cortaron una oreja al primero y le cercenaron un brazo al segundo a punta de machetazos, “y cuando empiezan a picar la gente así, uno ya sabe que la van a matar”, le dijo. Sabe también que no lo va a encontrar, la última vez que se acercó a las trochas a preguntar por él le advirtieron bajo pena de muerte que no buscara más.

—¿Y tu mamá, Carlos? Ella también cruzó con ustedes a Colombia, cruzaron los tres, ¿no? ¿Cómo está ella?

—No, mi hermano se vino a Colombia primero, luego vinimos mi mamá y yo.

—¿Y cómo está ella?

—No aguantó más. Se estaba volviendo loca y se tuvo que ir. Se fue pa Cali.

—¿Y qué te dice?

—Que me vaya pa allá, pa donde ella.

—¿Está asustada?

—Claro, doña, si no quiere que me hagan lo mismo, dice que si sigo buscando me van a picar a mí también.

—¿Y a vos no te asusta?

—Pues sí, pero no soy capaz de dejarlo solo.

—Carlos, pero vos mismo decís que no lo vas a encontrar, ¿por qué no te vas para Ca...?

—Yo sé que mi hermano está muerto. Pero si está vivo, que aparezca, y si está muerto, necesito que aparezca también. Yo tengo que encontrarlo.

—¿Hasta cuándo te vas a quedar en Cúcuta?

—No sé. Yo necesito enterrarlo.

—¿Entonces sí creés que va a aparecer?

—Completo no. Pero yo tengo que encontrar la forma de que mi mamá vuelva a ser la misma, está como ida. Yo tengo que encontrar de él aunque sea un brazo.

Carlos suelta esa última frase y una descarga eléctrica se me desliza por la médula. No alcanzo a disimular el sacudón involuntario que me provoca. Sigue hablando y yo ya no escucho. Imagino los restos de un brazo extraviado, los restos del desaparecido, de pronto anclados en alguna zanja o dentro de una fosa tan común por esas trochas. Y todavía mirando a Carlos a los ojos, recuerdo la idea que enunció el poeta Paul Valéry: “Lo más profundo es la piel”. ¿Pero qué es la piel cuando se corta de un tajo? Cuando se rompe, se mutila. Cuando no es metáfora sino lo que mantiene el todo unido.

Los agentes de Migración en Colombia se llevaron a su hermano y a tres compañeros más el 18 de agosto de 2018, cuando trabajaban limpiando vidrios de carros en una esquina cucuteña. Les hicieron redada, los montaron en un camión, los llevaron a la frontera, los deportaron. Y para volver al territorio colombiano, los jóvenes no tuvieron otra alternativa que regresar por una trocha. En la mitad del camino los retuvieron, los extorsionaron, los golpearon, los torturaron y de los cuatro, solo dos salieron vivos, fueron estos quienes dieron testimonio a Carlos de lo que ocurrió con su hermano. Antes de desaparecer, Andrés hizo una última llamada.

—Llamó a la noviecita, le dijo que esas personas estaban pidiendo ochocientos mil pesos para liberarlo.

—¿Esas personas?

—Sí, los de las trochas. No pudimos reunir todo eso pero sí reunimos quinientos mil.

—¿Y qué pasó? ¿Los llevaron?

—Sí. Yo me fui con la novia de mi hermano para la trocha a llevar la plata, pero cuando llegamos nos la quitaron y luego nos dijeron que él no estaba allá, que nos fuéramos.

Pero si estaba, o eso asegura Carlos, porque reconoció la gorra y el reloj que ostentaba el trochero que les quitó el dinero: eran de su hermano. Intentó reclamar hasta que unos hombres armados asomaron entre los matorrales. Su cuñada, que estaba embarazada, sintió terror y le clavó las uñas en el antebrazo, él enmudeció. A la ansiedad y al dolor les ganó el susto, entonces se marcharon.

Tiempo después recibí los videos de dos crímenes que también ocurrieron en esas trochas. En uno se ve a un tipo con un fusil M16 parado y apuntando hacia

la cabeza de un joven que está en cuclillas mientras ruega —llora— que no lo maten. Ni un metro de distancia separa al verdugo de la víctima. Y mientras apunta al muchacho, pronuncia una frase imprimiéndole musicalidad: “Por esta... Por esta... ¿Por qué? Por estafador”. El que graba tararea algún ritmo tras el celular, el que acaba de volarle la cabeza a otro en pedazos se devuelve cantando una canción que desconozco.

En el segundo video se ve un grupo de personas que, machete en mano, descuartizan a cuatro muchachos con el sonido de unos vallenatos de fondo. No se logra ver a los agresores porque todo el tiempo enfocan a las víctimas. Y mientras la cámara hace un paneo sobre el escenario, alguien, intentando imitar el ritmo vallenato, canta: “Estos son cuaatro muueeerots”. Quien graba hace un plano detalle sobre tres cabezas que están apiladas en el suelo y luego pasa a otro cuerpo que está decapitado, entonces se detiene. Otra voz dice: “Ah, esta gonorra todavía está completo”. Al fondo suena lo que parece ser una motosierra, alguien sube el volumen a la música vallenata. Los sonidos de las bestias.

Carlos no se llama así pero no voy a exponer su identidad. ¿Quiénes son sus verdugos? ¿Quiénes son todos estos verdugos? No lo sé. Hay tantos grupos armados en la frontera —desde Tibú hasta Cúcuta— que pocas veces se sabe con certeza quiénes son los autores de un crimen y cuando se sabe es porque los criminales quieren que se sepa. En un audio que recibo después y que alguien de las trochas le hizo llegar a una de mis fuentes, se oye a una persona decir que a los hombres de los videos los mataron porque “parece que estaban pasando gente por las trochas” durante la pandemia y que “Bernal” ya había ordenado que nadie más pasaba. ¿Pero y quién carajos era Bernal?

Es imposible entender la violencia en la frontera viéndola como algo que no sea un conjunto: si se desconoce qué pasa en Tibú, no se entiende Cúcuta. Si no se está al tanto de los movimientos de orden público que ocurren en el corregimiento Banco de Arena, no es posible entender Tibú. Si se ignora la dinámica violenta de Cúcuta, Banco de Arena es incomprendible.

Y no hay posibilidad de entender cualquiera de las anteriores si se descartan del escenario a las fuerzas de seguridad venezolanas que obedecen a Freddy Bernal, el “protector del Táchira” —cargo que le dio a dedo Nicolás Maduro a esta joyita—, un expolicía

que comandó el temido Ceta, grupo de operaciones especiales de la policía cuestionado por el terror de sus operativos. Hombre al que, además, acusan de estar vinculado con la creación de los Colectivos Bolivarianos y que en 2011 fue incluido en la Lista Clinton o Kingpin por haber “facilitado la venta de armas entre el gobierno venezolano y las Farc”, y por presuntas conexiones con el narcotráfico junto a esta guerrilla. Algo así como nuestro general colombiano Mauricio Santoyo, pero libre, con poder, haciendo campaña y recién electo como gobernador de Táchira.

La línea imaginaria que separa a Colombia de Venezuela, y que soporta la mayor carga de violencia en esta frontera, la delimitan el Zulia y Táchira por el lado venezolano y los municipios de Tibú, Cúcuta y Puerto Santander, por el lado colombiano. La vereda Totumito-Carbonera de Tibú limita al sur con la vereda Vigilancia del corregimiento Banco de Arena, zona rural de Puerto Santander. Y desde Puerto Santander —municipio del área metropolitana de Cúcuta— se llega al casco urbano de la ciudad en hora y media en carro. Estos tres municipios concentran la mayor “calentura” en cuanto a orden público y los kilómetros que los unen siempre están en disputa por los grupos armados.

Voy a intentar explicar. Luego de la desmovilización del Frente Fronteiras y el Bloque Catatumbo de las Autodefensas Unidas de Colombia (AUC), entre 2005 y 2006, la zona metropolitana de Cúcuta se la disputaron dos grupos: Rastrojos y Autodefensas Gaitanistas de Colombia (AGC). El enfrentamiento más violento se dio de 2015 a 2017 y, con aparente ayuda de autoridades venezolanas y acuerdos clandestinos sobre el narcotráfico, Los Rastrojos salieron victoriosos y dominaron las zonas fronterizas aledañas a los tres puentes internacionales: Cúcuta, Villa del Rosario y Puerto Santander, y entre este último municipio y Boca de Grita, poblado venezolano colindante, instalara su base de operaciones.

Los Rastrojos no se metieron a Tibú por el desgaste y porque allá había dos poderes a enfrentar: la guerrilla del ELN y el reducto del EPL al que la gente empezó a llamar Los Pelusos. Se quedaron en esos tres territorios y para garantizar su dominio elevaron el nivel de violencia a lado y lado de la frontera.

Pero el reinado criminal no les duró. Luego de la salida de las Farc del escenario bélico, en 2017, comenzó a gestarse una nueva guerra, una tripartita: por un lado estaba el ELN, que

—fortalecido— anunció una disputa por el área metropolitana de Cúcuta dominada por Los Rastrojos, y casi al mismo tiempo inició enfrentamientos con el EPL pero por el dominio territorial del Catatumbo. Luego estaba el EPL, que —viendo que perdía la guerra contra el ELN— tuvo una división interna y parte de sus integrantes se fueron a buscar apoyo de Los Rastrojos. Y al final estaban Los Rastrojos, que no vieron venir una suerte de traición en sus acuerdos con la guardia venezolana la cual había trabado una nueva alianza con el ELN para perseguirlos.

En 2018 la disputa por estas zonas estaba en un plano de todos contra todos, así que la cosa se iba a calentar. La Defensoría del Pueblo alertó de la violencia que se aproximaba y, por si esto fuera poco, antes de terminar el año, otra voz cantó en Tibú: una disidencia del Frente 33 de las Farc anunció que se rearmaba por los incumplimientos del Estado frente al acuerdo de paz.

Para 2019, la frontera colombo-venezolana de Norte de Santander ya estaba en candela. El ELN reclamó al EPL por la alianza con Los Rastrojos e iniciaron un combate brutal que confinó, desplazó y sometió a paros armados a buena parte de la población del Catatumbo. Y mientras sostenían esta guerra, los elenos seguían avanzando hacia el área metropolitana de Cúcuta (principalmente Villa del Rosario y Puerto Santander) en alianza con autoridades venezolanas para acabar con Los Rastrojos: las fuerzas de seguridad de Venezuela les capturaba desde la legalidad y desde la ilegalidad el ELN los combatía entre trochas y veredas. El EPL también casó otra disputa: la jefatura de su Frente Libardo Mora Toro no estaba de acuerdo con el sector discípulo que se fue a trabar alianza con los paramilitares y entonces los llamó al orden. Pero desobedecieron e inició la purga: muerte a todo el que ignorara directrices e insistiera en seguir aliado con Los Rastrojos. Se diezmaron a sí mismos y entre los muertos quedó hasta el comandante “peluso” que lideró la división interna, Jesús Serrano Clavijo, alias Grillo.

Esta triple guerra (ELN vs. EPL, Rastrojos vs. Fuerzas de seguridad venezolanas y ELN, EPL vs. EPL) se extendió hasta 2020 y la padeció en su mayoría el campesinado inerme de Banco de Arena, Tibú y otros municipios de la región Catatumbo como Teorama. La población civil quedó en la mitad y ha sido víctima de persecución, asesinato selectivo, desaparición forzada,

descuartizamiento, masacres, desplazamiento forzado y, sobre todo, falsos señalamientos como el de ser informante o colaborador de un bando o de la fuerza pública, drama que especialmente padecen los migrantes, quienes se volvieron blanco de asesinatos mayoritariamente en Cúcuta y Tibú.

Todos estos enfrentamientos ocurrían con el conocimiento de las autoridades y nadie parecía presto a resolver la situación. El conflicto solo empeoró. Y mientras esos actores combatían, la disidencia del Frente 33 creció a paso firme sobre todo en Tibú. Pero a finales de 2019, un nuevo actor apareció para subirle grados a esta calentura: el Comando Danilo García de la Segunda Marquetalia, otra disidencia de las Farc.

La Defensoría del Pueblo lanzó las alertas, avisos que el gobierno poco escucha, y en la número 050 del 26 de noviembre de 2020 previó la tensión que se puede dar entre las disidencias del Frente 33 Mariscal Antonio José de Sucre y el Comando Danilo García de la Segunda Marquetalia. Pero también advirtió de un posible enfrentamiento entre el Frente 33 y el ELN. ¿Motivo? Control territorial, ambición por ser el macho dominante de este conflicto en la frontera.

Ante este enfrentamiento que anticipó la Defensoría, en diciembre de 2020 se podría haber dicho que era tan grande la expansión del ELN en la frontera —el cual no solo estaba en territorio colombiano— que era poco previsible su derrota. Pero en enero de 2021 se confirmó un rumor que ya venían oyendo los campesinos: “Las AGC volvieron al territorio”. Cuando se vieron menguadas, Los Rastrojos buscaron respaldo en este grupo paramilitar, las Autodefensas Gaitanistas de Colombia, que tiene clara una máxima: donde hay negocios, no hay enemigos. Aunque en el pasado fueron derrotados, ahora acudían a auxiliar al viejo contrincante. Y el 29 de enero se anunciaron repitiendo una masacre. Otra vez en Totumito-Carbonera, la vereda de Tibú que colinda con Vigilancia, un grupo de hombres armados que se identificó como AGC disparó a matar contra los trabajadores de una finca, tres de ellos murieron y al menos seis se salvaron porque alcanzaron a correr y esconderse entre las montañas. El ataque fue indiscriminado y una vez más generó terror en los habitantes. La Defensoría del Pueblo rechazó el asesinato de estos campesinos y denunció que esta masacre generó el desplazamiento forzado de cuatrocientas personas de ochenta familias.

Y aunque en todo este recuento solo se mencionan grupos ilegales, no se puede descartar a la fuerza pública colombiana. Dos años atrás de esta nueva masacre en Totumito, y antes de que empezara la guerra frontal entre el ELN y el EPL, una reunión se llevó a cabo el 26 de enero de 2019 en la sede de la Brigada 30 del Ejército, en Cúcuta. Y a ella asistieron quienes entonces eran los comandantes de la Segunda División, la Brigada 30, la Fuerza de Tarea Vulcano y más de una decena de oficiales. La información la reveló la revista *Semana* en agosto de ese año y también denunció que en ese encuentro “supuestamente hablaron de alianzas del Ejército y grupos criminales para combatir al ELN”. Ahí fue donde el brigadier general Diego Villegas, comandante en ese momento de la Fuerza de Tarea Vulcano, investigado por ejecuciones extrajudiciales cometidas en 2008 en Antioquia cuando fue comandante del batallón Pedro Nel Ospina, y sometido a la JEP desde 2018, presuntamente pronunció: “De los protocolos, de los derechos humanos, se acabó. Acá lo que toca es dar bajas. Y si nos toca aliarnos con los Pelusos nos vamos a aliar, ya hablamos con ellos, para darle al ELN. Si toca sicariar, sicariamos, y si el problema es de plata, pues plata hay para eso”.

En esta parte de la frontera la guerrilla del EPL consolidó su expansión con el apoyo de integrantes y hombres de alto mando de la Fuerza Pública venezolana. Y los grupos criminales vinculados al paramilitarismo siempre han contado con la connivencia de integrantes y oficiales de alto rango de la Fuerza Pública colombiana. El nuevo actor que estaría en connivencia con autoridades colombianas, denuncian los campesinos, son las AGC. Ahora estamos ante una nueva guerra que duró todo 2021 y se desencadenó entre las AGC y el ELN, y uno de sus principales epicentros es el corregimiento Banco de Arena. Los paramilitares están incursionando en el área metropolitana de Cúcuta y los elenos dominan buena parte del municipio de Tibú, pero en el corregimiento colindan estos dos territorios; a modo de metáfora, Banco de Arena es la puerta de entrada a Tibú y si la guerrilla lo pierde, el paramilitarismo se mete al Catatumbo, la región que concentra 40 116 hectáreas de cultivo de coca de las 143 000 que, según el monitoreo de cultivos ilícitos de la ONU, hay sembradas en el país.

El 14 de diciembre del año pasado estallaron un par de explosivos en zona aledaña al aeropuerto de Cúcuta. Al día

siguiente, la periodista Darcy Quinn escribió en Twitter: “Atención: fuentes de inteligencia militar confirman que Iván Márquez no está en Cuba, está en Venezuela y dio la orden del atentado ayer en Cúcuta”. Pero la Fuerza Pública adjudicó el atentado al Frente 33, el cual tiene vínculos con las disidencias de Gentil Duarte que están en abierta disputa armada contra Iván Márquez, quien comanda a las disidencias de la Segunda Marquetalia. Así que acá nada se puede dar por sentado. Otros atentados han ocurrido en instalaciones militares y la información que circula es igual de mafiosa. Esta es la forma como se presenta a la ciudadanía la verdad sobre lo que ocurre en la frontera, manipulándola.

Finalizada la radiografía, resumo para mayor claridad: ¿cómo es la frontera en Norte de Santander? Pues un mierdero.

Le acabo de preguntar si no tiene miedo. Sé que la pregunta es tonta pero no puedo evitarla. Las AGC lo amenazaron en abril de 2016 y dos años después, en abril de 2018, intentaron matarlo. Llegaron y dispararon contra su casa que queda en Hacarí, otro municipio del Catatumbo, pero él escuchó los balazos, salió por la parte trasera de la vivienda y corrió hacia una montaña en donde se escondió. Le pregunto si no tiene miedo porque me acaba de decir que hay rumores de que “los paramilitares, las AGC, se quieren meter otra vez al Catatumbo”. Es diciembre de 2020 y estamos en Filo Gringo, corregimiento del municipio El Tarra. Vinimos a una reunión de la Asociación por la Unidad Campesina del Catatumbo (Asuncat), organización de la que es líder, en la que discuten los problemas de la región, especialmente los de orden público, principalmente las amenazas.

—De verdad, ¿no te da miedo, Orangel? —insisto.

—Claro, todos los seres humanos sentimos miedo.

—Pero... ¿Y por qué sigues?

Orangel ignora mi última pregunta. Está parado frente a mí pero no me mira, estoy sentada sobre las raíces de un árbol que hace parte de la selva que flanquea al río Catatumbo, él mira hacia las aguas. Segundos después, cuando pienso que dejó de prestarme atención, responde.

—Claro que me da miedo... A quien no le da miedo imaginar que un día yo no va a volver a ver a su familia.

La frase la suelta con la voz quebrada y la mirada al suelo. No me ignoraba, estaba intentando no llorar, estaba





pensando en todo lo que puede perder. Y como quiere evitar el llanto, se sienta a mi lado y aprieta sus ojos con los dedos. Nos quedamos un par de minutos en silencio. De repente, me pide que mire al frente, que “mire de verdad”. Lo hago, aprecio en detalle el río y la selva que llegan más lejos de lo que la vista me alcanza. “Ahora cierre los ojos”, dice, “cierre los ojos e imagínese que todo eso ya no está, que lo arrasaran. ¿Vale la pena luchar por esto? Vuelva y mire y responda usted si vale la pena. Por eso es que sigo, aunque viva con miedo”.

Orangel me recuerda a Leidy, la lideresa de Ascamcat en Vigilancia. En los ojos de ambos se percibe desesperanza y ambos saben que están a merced de los grupos armados. El Tarra colinda con Tibú y su corregimiento Filo Gringo cuenta con 3549 hectáreas de coca sembrada, 2,5 por ciento del total de los cultivos en Colombia. Mientras sea ilícito el uso de este cultivo, nunca va a desaparecer la guerra de estos territorios. Y aunque lo legalizaran, también hay minería ilegal y un problema enorme con la gasolina.

El cierre de la frontera en 2015 disminuyó el contrabando del combustible de Venezuela a Colombia y esto agudizó el fenómeno de los *pategrilleros*, que es como llaman a las personas que perforan el oleoducto Caño Limón Coveñas y le instalan válvulas ilegales para extraer el crudo que luego refinan artesanalmente para producir gasolina casera, que venden de contrabando y también es utilizada para el procesamiento de la

pasta base de coca. Pero los malos procedimientos ocasionan derrames de petróleo que llevan a la continua contaminación de ríos y quebradas y esto ha generado tensión en la comunidad, aunque son pocas las personas que les reclaman a los *pategrilleros* porque estos cuentan con apoyo de los grupos armados; otro fenómeno violento que va en aumento en la región.

Catatumbo y el área metropolitana de Cúcuta llevan décadas padeciendo las peores violencias, la paramilitar, la guerrillera, la estatal. Es tierra fértil para la coca y las masacres. Criarse acá, como lo hice yo, querer esta tierra, como lo hace Orangel, es como llevar una herida abierta. Una permanente. Y ahora, la sal en la herida es el maltrato que sufren los migrantes.

Entre 2020 y agosto de 2021, Medicina Legal informó que noventa venezolanos fueron víctimas de homicidio en Cúcuta y 31 en Tibú. Andrés, el hermano de Carlos que fue el chico que entrevisté, al que probablemente asesinaron y desaparecieron en una trocha, no está en este conteo. No hay un registro real de los venezolanos que son víctimas de desaparición forzada porque a los migrantes les da miedo denunciar en Colombia y de Venezuela salieron huyendo. Por esta razón, el subregistro de homicidios puede ser grande. Los grupos armados no sienten ningún respeto por esta población. Desaparecen y asesinan hasta por sospecha y por descartar, y un suceso dejó ver el desprecio que los ilegales sienten por estas vidas.

El 8 de octubre de 2021, habitantes de Tibú retuvieron a un par de jovencitos —uno de ellos de quince años— a quienes acusaron de robar en un local comercial. Les amarraron las manos, los grabaron en video mientras los vaulpaleaban, les pegaron carteles en la espalda con la palabra “ladrones”, los humillaron. La horda estaba enfurecida y excitada. Y después del desahogo, contactaron con la policía y avisaron de la retención, pero los agentes no aparecieron. Quienes sí llegaron a llevarse al par de muchachos fueron unos tipos armados y vestidos de civil que, pistola en mano, los sacaron del local. Minutos después, los chicos aparecieron con la cabeza perforada a balazos y tirados en una carretera destapada. Eran venezolanos, eran muy jóvenes y uno de ellos —el menor— al parecer había cruzado por las trochas hacia Colombia, junto a su hermano, para raspar coca en la vereda Versalles de Tibú.

Los menores de edad vulnerables son la materia prima de la guerra, los grupos armados los utilizan, los seducen, los reclutan y también los desechan y los asesinan. Y los niños venezolanos son considerados un recurso aún más desechable por los criminales. No hay respeto por sus vidas y terminan involucrándose en las economías ilegales desde edades muy tempranas. Como el pequeño raspachín de seis años que conocí el día que ascendí con Leidy por las montañas de Vigilancia.

Lo miro, le pregunto la edad, me sonrío nervioso pero no responde. Vuelvo a

preguntar, vuelve a callar. Tomo mi cámara y le enseño el video que acabo de hacerle. “Mira, te raspaste casi diez matas en un minuto”, el niño vuelve a sonreír, ahora lo hace con gesto de ganador, de guapería, raspa la hoja de coca a la misma velocidad que sus colegas con experiencia. La edad nunca me la dice pero tiene seis años, la información la obtengo de una chica que en un cuaderno de notas va apuntando cuántas arrobas entrega cada raspachín.

Trato de hablar con otros raspachines pero no son muy elocuentes. Parece que quieren hablar, me hacen un par de bromas, pero cuando hago preguntas sobre el oficio, evaden con disimulo y se silencian. “Tienen miedo —me dice la chica del cuaderno de notas—. Hace unos meses masacraron a unos trabajadores en una finca cerquita de acá, muchos eran venezolanos”. Entonces entiendo. La mayoría de raspachines que estoy viendo son migrantes, el niño también lo es. La masacre a la que se refiere es la que Leidy me contó antes de que empezáramos a subir por las montañas, la que ocurrió el 18 de julio de 2020.

—No es fácil —me habla por fin una persona en Banco de Arena, un viejo habitante—. En este lugar mandaban los paras hace casi veinte años y a uno le toca obedecer al que mande. Ahora entró el ELN. Entonces los unos nos dicen que le estamos colaborando a la guerrilla para que entre, que somos guerrilleros; los otros nos dicen que éramos colaboradores de los paras, entonces que somos paramilitares. Nos vuelven objetivo militar. Y uno acá tratando de sobrevivir. Acá ha muerto mucha gente inocente.

La recolección de hoja de coca es la escala más baja y explotada de la cadena del narcotráfico, pero solventa el hambre colombiana y ahora también venezolana. Todos raspan y tienen clara la ley que impera: “Usted no sabe, usted no vio nada”. Saco la cámara otra vez para retratar al pequeño raspachín que conocí, ya se va, está recogiendo su cosecha en un costal, poco más de dieciséis kilos de hoja de coca que se echa al hombro y que cada diez metros se le caen. La chica del cuaderno de notas le ayuda a reacomodarse el bulto. Antes de irse, le pregunto por qué raspa coca.

—Porque lo necesito —dice. Ahora lo veo alejarse trastabillando, sufriendo con el peso de su carga. Un niño venezolano habitante de este territorio fronterizo abandonado a su suerte, igual que Leidy, igual que Carlos, igual que Orangel: incapaz de soportar la carga, pero forzado a llevar el peso de un destino que no se mide en arrobas. ☹



exlibris.com.co

Libros, café y comida :
3003628240 (y en rappi)

Seguimos leyendo

HAY PIEDRAS CON LAS QUE VALE LA PENA TROPEZARSE MÁS DE UNA VEZ

OPALO bistró

TRAGOS / CAFÉS / MERIENDAS

ABIERTO DE LUNES A DOMINGO DESDE LAS 4:00 PM
MEDELLÍN CARRERA 42 # 54-58

PIZZERIA
CENTRO

Lunes a sábado de 12 m a 10 pm
Domingo de 12 m a 9 pm
Calle 57 (Argentina) # 41-57
Domicilios en el centro
a través de Domicilios.com

Patricia Fuenmayor

Asesora en seguros
Tel. 3216402928 - 375 7300
patfuenmayor@hotmail.com

Urbania.
Café consciente.

Calle 14 Viva Envigado Calle 8

Calle 14 #30-100 El Poblado. Cra. 48 #328 Sur-139, Envigado, Antioquia. Calle 8 #43B-132 El Poblado.

PALINURO
Libros Leídos

Calle 49 B No. 75-33 / 2609160
Palinuro libreriapalinuro
Medellín - Colombia

Nuestra comida es un acto de amor y sanación. Es un momento de conexión con el otro, por medio del cual tenemos la posibilidad de recordar que la vida, con toda su magia y creatividad es INFINITA

DOMICILIOS EN MEDELLÍN

Tel.: 3168789335

Restaurante **EI ÁRBOL DE LA VIDA** Comida Natural

CAFÉ-BAR CASA DE ASTERIÓN

COWORKING MÚSICAS DEL MUNDO, ARTE, BEBIDAS Y CAFÉS

CRA 42 #53-63 CENTRO
IG: @BARCASADEASTERION • FB: @CASADEASTERION
ABIERTO DE LUNES A SÁBADO DESDE LAS 10:00 A.M. Y DOMINGOS DESDE LA 1:00 P.M.

VICTOR AGUDELO E.
Medicina alternativa

Manejo del dolor agudo y crónico

Citas: 321 696 3676
vagudelo@hotmail.com



Festivales de humo

por ESTEFANÍA CARVAJAL

• Fotografías de Juan Fernando Ospina



Afuera, colgando del balcón, está el pendón del evento: 2022, febrero 10 al 13, 7ª Edición Festival Internacional de Cine de Medellín.

Estamos en el barrio París, en Bello, a un par de cuadras de la Maruchenga. Es viernes 25 de febrero a las dos de la tarde. Afuera hay tres personas que supongo vienen para el festival porque hablan entre ellos como esperando algo. Les pregunto dónde es: la casa tiene tres pisos, pero ninguno resalta entre los otros. Nos señalan el segundo y dicen: "Bien puedan", como si fuera su casa.

Arriba, nos recibe una mujer delgada, crespa, de cabeza chiquita y acento venezolano.

Sonriente, nos pregunta si somos de la prensa.

Juan le dice que sí.

Nos dice que sigamos, que ya casi empieza, que están esperando a que lleguen los directores.

¿Confirmaron muchos?, pregunto.

Dice que cinco. Que ayer mismo hablaron con ella. Y no sé por qué, a pesar de lo que ya sé, elijo creerle.

Le diremos Marta.

A ella le encargaron desde Chile la organización del festival. Es la segunda vez que lo hace.

En 2021, la proyección fue en La Casa Centro Cultural, por ahí por el Coltejer, dice.

Asistieron, según las fotos que publicaron en la web, unas seis personas que vieron los cortos desperdigadas por una sala llena de sillas vacías.

Juan David Belalcázar, el director de La Casa, les alquiló el espacio y

presentó las películas con nombre y director, tal como le pidieron. Fueron dos jornadas de tres horas, sábado y domingo. Al final del segundo día, los asistentes recibieron un certificado de participación, a una mujer le dieron un trofeo y posaron todos para la cámara con el tapabocas puesto.

Este año no se pudo allá, dice Marta. Hubo problemas de producción y el festival se retrasó quince días. Pero hasta mejor, piensa. Así la gente del barrio puede venir más fácil y no tiene que bajar hasta el Centro.

Los tales problemas de producción empezaron la semana del 7 de febrero, cuando el director etíope-americano Negash Abdurahman aterrizó en el aeropuerto José María Córdova de Rionegro esperando encontrar a algún delegado del séptimo Festival Internacional de

Cine de Medellín, Festmedallo, donde su película *Cuba en África* había sido seleccionada para competir por el galardón a mejor corto documental.

Antes de que su corto llegara a Colombia lo habían presentado en el Teatro Nacional de Etiopía en un evento al que asistieron "cubanos residentes, miembros de la Misión Estatal cubana en Addis Abeba y personalidades de la política y la cultura", según dijo la embajada de Cuba en Etiopía.

El corto también había sido proyectado en Nueva York —entre los asistentes estuvo el representante permanente de Cuba ante las Naciones Unidas, Pedro L. Pedrosa Cuesta—, en el Festival International du Film PanAfricain Cannes —donde recibió una mención especial del jurado y el premio Dikalo por la Paz— y en otros quince festivales en los que, dice Abdurahman, "todo fue muy agradable".

En Medellín esperaba algo así, y sus expectativas no eran infundadas: Festmedallo le había dicho que el evento se celebraría del 10 al 13 de febrero y que su corto estaba programado para el último día de proyección: "Cortometrajes, largometrajes, videoclips, público, cineastas y distribuidoras... en la ciudad de la eterna primavera", era la promesa.

Tan pronto como llegó a Medellín, Abdurahman trató de ponerse en contacto con los organizadores del festival, pero nadie le respondió. Unos conocidos suyos del sector audiovisual lo recogieron en el aeropuerto y lo instalaron en un hotel por la 70. A ninguno le sonó el nombre del festival y nadie recordó que hubiera un evento cinematográfico en Medellín en la primera mitad del año.

El rumor empezó a correr por los grupos de WhatsApp de los cineastas y les llegó, casi al mismo tiempo, a Mario Viana y a Juan David Orozco.

Mario Viana es productor y miembro de la junta directiva de la Asociación Nacional de Festivales, Muestras y Eventos Cinematográficos y Audiovisuales de Colombia, Anafe.

Juan David Orozco es comisionado filmico de la Alcaldía de Medellín.

Viana no encontró al festival en las bases de datos de la Anafe ni la razón social en la Cámara de Comercio. En cambio, encontró el sitio web de Festmedallo —una página construida en Wix y sin dominio propio—, y allí vio que estaba indexado en varias plataformas que sirven como intermediarias para la postulación de películas a miles de festivales en todo el mundo.

Una de esas, FilmFreeway, permite a cualquier usuario crear el perfil de un festival de cine que cobra equis suma de dinero por la inscripción. Pero como los requisitos no son muchos y los festivales ni siquiera están obligados a demostrar encuentros físicos, pronto empezaron a aparecer eventos y premios que solo existen en la ficción de internet.

La fórmula es simple: escribes el nombre de una ciudad famosa seguida por Gold Awards o Film Festival, y ahí tienes el nombre. Haces —o copias— un sitio web, un logo, un reglamento, y creas perfiles falsos para que te pongan cinco estrellas en todos los parámetros de calificación. Entregas premios cada

mes, o cada dos meses, y dices hacer cada vez una proyección de dos horas con algunas de las películas seleccionadas en tus más de veinte categorías. Montas fotos del teatro vacío donde supuestamente haces las proyecciones y pones una dirección de Google Maps.

Ofreces, además, servicios complementarios. Vendes reseñas de tus críticos de cine y entrevistas a los directores, cada una por \$150. Y si te pagan \$300, también les vendes el trofeo. En todo caso, si son seleccionados les mandas el PNG del sello para que ellos lo exhiban, orgullosos, en el póster de su película.

Laureles a la carta y a domicilio

En FilmFreeway, Festmedallo está etiquetado como un festival de categoría Gold que promete ser un espacio "para la proyección y difusión de películas de todo el mundo", "una plataforma para patrocinadores de la industria cinematográfica mundial" y "una vitrina donde se dan cita personalidades del cine latinoamericano". "Para la tercera edición esperamos tener una audiencia de siete mil espectadores", dicen.

Exhibe dieciséis comentarios escritos en inglés y en español de perfiles con nombres alemanes, indios y hasta árabes que califican al festival con cinco estrellas y aseguran que es un "evento maravilloso" y que se sienten honrados de haber participado en el "prestigioso certamen".

El costo de la inscripción no es reembolsable y cuesta entre once y diecisiete dólares en cada una de sus trece categorías.

Sin embargo, las cuentas de redes sociales de Festmedallo no son las de un festival con siete versiones y siete mil asistentes. En Twitter tiene 42 seguidores, solo publica contenido una vez al año, por los lados de febrero, usa fotografías de otros eventos de la ciudad que hace pasar como propias y las únicas pruebas de que hubo alguna vez una proyección son unas fotos publicadas en febrero de 2021, que también están colgadas en el perfil de FilmFreeway y en su sitio web.

Viana sospechó que Festmedallo pudiera ser un festival fantasma y se puso en contacto con la Comisión Filmica de la Alcaldía, donde encontró a Juan David Orozco muy enterado y con más detalles del presunto festival fraudulento.

Hacía dos años, cuando Orozco recién llegaba a la cabeza de la Comisión Filmica de Medellín, un italiano de esposa paisa había viajado desde Europa a ver su película en el mismo festival, pero esa vez, Festmedallo ni siquiera se tomó la molestia de organizar una proyección.

La Comisión Filmica de Medellín denunció al festival ante las plataformas de distribución y logró que una de ellas eliminara el perfil. El sitio web y las redes fueron temporalmente suspendidas por sus propios administradores, que al año siguiente volvieron a activarlas como si nada hubiera ocurrido.

En 2022, Orozco escuchó de nuevo del fantasma por algunos cineastas colombianos que habían sido seleccionados en el festival. A diferencia de las versiones anteriores, este año Festmedallo anunció con antelación que el evento sería en La Casa Centro Cultural.



Enviaron correos con la dirección a los directores participantes e incluso usaron el logo de la organización en sus piezas de redes sociales. La Comisión Filmica decidió esperar a que pasara la fecha del evento para alertar al sector sobre el posible fraude, más que nada para evitar señalamientos de censura por parte de sus organizadores.

Pero la llegada de Negash Abdurahman adelantó los planes.

Juan David Balalcázar, que era la única persona conocida que podía darle noticias del festival, les dijo que una mujer iba a La Casa el jueves antes del evento a entregar las películas. Allí la esperaron: Viana, Orozco, Belalcázar y otra funcionaria de la Comisión Filmica.

Y allá llegó: una mujer delgada, crespa, de cabeza chiquita y acento venezolano que parecía no saber nada de cine, pero que sonreía con la mejor disposición. Marta les dijo, como me diría después en París, que ella era una simple intermediaria y que el director del festival estaba por fuera de la ciudad. Eduard Mendoza, dijo. “Como está en la página web”.

Ellos insistieron en que querían hablar con él.

Ella marcó desde su teléfono y lo puso en altavoz, con cuidado, dice Viana, de que nadie pudiera ver el número de contacto. El hombre que contestó se identificó como Argenis Herrera Sánchez y dijo ser el director de programación del festival. Hablaron por dos horas y media. Belalcázar describe la llamada como un “ejercicio de confrontación” y a Herrera Sánchez como un “completo culebrero”. Orozco usó la misma expresión para referirse a él. Viana dijo, en tono irónico, que el señor “habla maravilloso”. Y los tres contaron que sacó mil excusas ante los cuestionamientos, pero que en resumen dijo que estaba aprendiendo y que tomaría nota de las recomendaciones para hacer de Festmedallo un mejor festival.

Una búsqueda en Google sobre Argenis Herrera Sánchez arroja los siguientes resultados: es un director venezolano radicado en Chile que ha escrito y dirigido tres cortometrajes: dos de sesenta segundos y uno de trece minutos —*Memorias*

en tres colores— que estrenó en 2021. También ha dirigido dos festivales de cine, además de Festmedallo: el Festival Internacional de Cortometrajes Independientes el Día se Hace Corto (Findecoín), en Anzoátegui, Venezuela, y el Festival Cinematográfico de Mérida (Fecime), en la península mexicana de Yucatán.

Según pudo comprobar el portal mexicano Haz Ruido en febrero de 2020, el festival de Mérida llevaba seis años cobrando inscripciones de entre doce y quince dólares a cineastas de todo el mundo: “Supuestamente hace una selección en diversas categorías y promete que las ganadoras serán exhibidas ante el público, expertos en cine, casas productoras y distribuidoras en la capital yucateca. Pero en realidad, nunca han proyectado esas películas y muchas de las supuestas sedes del evento no existen en la ciudad”.

El festival mexicano usaba también un perfil en FilmFreeway para cobrar las inscripciones y tenía un sitio web hecho en Wix que guarda parecidos razonables —en estructura y estética— con Findecoín y Festmedallo. Tres fantasmas hermanados por su presunto creador: Argenis Herrera Sánchez.

Con las evidencias puestas sobre la mesa, Belalcázar decidió no alquilar La Casa a Festmedallo para la proyección de las películas, a pesar de que ya había un contrato firmado entre las partes.

Festmedallo, entonces, envió un correo a los directores seleccionados en el que aseguraban que llevaban “semanas organizando la proyección del festival”, pero que, por la falta de apoyo de la Asociación Nacional de Festivales (Anafe) y por la decisión de La Casa Centro Cultural, se veían en la necesidad de posponer el evento.

A su vez, la Comisión Filmica de Medellín, La Casa Centro Cultural y otras organizaciones del sector cinematográfico firmaron un comunicado en el que explican, punto por punto, las dudas que recaen sobre Festmedallo y en el que invitan a “abstenerse de inscribirse en festivales que no cuenten con algún aval institucional o en su defecto, a ampliar la información con las instituciones del sector que validen la organización y

seriedad de estos, especialmente cuando la inscripción tenga cobro”.

Una semana después, cuando ya el director etíope había regresado a Nueva York con la certeza de haber sido engañado, llegó la nueva invitación al correo de los cineastas seleccionados. Los organizadores no hicieron bulla en sus redes ni publicaron en su web la nueva fecha, pero sí colgaron un pendón en el que, si miras de cerca, se puede ver el logo del festival con el fondo de la *Fuente de la vida* de Rodrigo Arenas Betancur —la que queda por Suramericana—.

Son las dos de la tarde y hace bochorno sin sol en Bello.

Noches de París fue alguna vez una casa con muchas paredes que después tumbaron para formar los arcos de un salón social. Del techo cuelgan telas y decoraciones de fiestas anteriores, y en una esquina, al lado de una lona blanca de metro y medio de ancho, hay una Torre Eiffel de icopor tan alta como un basquetbolista.

Tres personas están sentadas en las sillas Rimax, mirando la pantalla: dos mujeres y un hombre de unos sesenta años. Mientras Juan y yo nos acomodamos en las sillas de atrás, otra espectadora entra en el salón. Camina lento, paso a paso, mientras nos saluda a cada uno con la bendición. No tiene hebra negra en el pelo. Además de Marta, otras dos mujeres hacen parte de la logística. Una se encarga de acomodar a los asistentes, y la otra, la más joven, de presentar los cortos. También son venezolanas. Después de un rato de espera sin que llegue nadie más, la muchacha prende el micrófono.

La primera película empieza sin que mencionen el nombre del director. Es un corto canadiense, con voces en francés y subtítulos en inglés, sobre unos niños que tienen un conflicto en su escuela.

De alguna manera, la escena es solemne. La luz de afuera se cuela a través de la película porque colgaron la lona justo encima de una ventana. La bulla del barrio es más inteligible que las voces de los personajes. Atrás, en la misma casa, alguien llena un balde en una poceta. Y aun así, todos los espectadores están quietos y concentrados en la

pantalla, como si fueran el público más profesional del mundo. En la mitad del primer corto, una señora entra y se sienta detrás de mí. La que está adelante saca una bola de lana azul rey y empieza a tejer con agujas de maya. La de atrás me pregunta de qué se trata la película. No le sé decir. Ella se queja de que no esté en español, pero no se va.

Cuando se acaba el primer corto, le pregunto por qué vino. Quién la invitó. Cómo llegó aquí. Vive en el barrio, responde. Todos los jueves juega bingo en este mismo salón social con un grupo de la tercera edad, y ayer los invitaron.

El segundo corto es de España y esta vez sí dicen el nombre del director. La película empieza con un matrimonio que pelea en la calle porque el esposo quiere hacerse la vasectomía. Luego sigue una escena en el baño de un gimnasio en el que hay un hombre desnudo y después otros empiezan a bajarse los pantalones.

La señora de las canas se tapa el rostro con las dos manos, se santigua con la derecha y se para indignada, lista para irse, pero antes nos reparte a todos los asistentes su tarjeta de negocios: “María Elvia Castaño Galvis. Compositora y cantante. Sígueme en YouTube y Spotify”. Y abajo, su número de WhatsApp.

La puesta en escena es tan precaria, que resulta tierna. Hay algo de belleza en la farsa que se toma a sí misma muy en serio: aquí en Noches de París un grupo de la tercera edad viendo cortos europeos, y allá, en algún país lejano, un director presumiendo el laurel que se ganó en el Festival Internacional de Cine de Medellín. ©

Independencia afro: nuevos héroes para nuestra historia



Emilio Múnera. Fotografía Rodríguez, 1925. Archivo Fotográfico BPP.

En la foto hay cuatro personas, pero solo dice “Emilio Múnera, 1925”. Son jóvenes militares retratados en la Fotografía Rodríguez y sobre los cuales no se sabe nada. ¿Por qué? Quienes ganan escriben la historia y cuando aquí dejó de escribirla Fernando VII, fue escrita por las élites criollas, con intereses y egoísmos que padeció la población afro, siempre víctima de invisibilización y el silencio, de cuyos hijos están surgiendo ahora nuevos héroes para la historia.

Tropas, fugitivos y promesas

Simón Bolívar necesitaba dinero y tropas. En su ejército había ingleses, franceses, criollos, mestizos y hasta mujeres disfrazadas de hombres. Así mismo, para fortalecer sus pelotones, el Libertador viajó a Haití, donde Alexandre Pétion lo apoyó con armamento y hombres que al venir, pelearon de nuestro lado. Por su parte, el Libertador convenció y también reclutó (en ocasiones a la fuerza), a afrodescendientes, quienes luego de ser víctimas del “comercio triangular” (ser secuestrados en África y vendidos en América), habían alcanzado varias condiciones en la Nueva Granada:

- Habían llegado a ser esclavos de familias pudientes, donde compartían patios y corrales con las vacas y gallinas.
- Eran trabajadores semiesclavizados en minas, plantaciones y hatos.
- Eran cimarrones que huyeron hacia los montes y crearon palenques como el de San Basilio, El Castigo en el río Patía y Matudere, cerca de Luruaco, bajo el amparo de líderes como Benkos Biohó, Juan Angola y Domingo Criollo, y que vivían en precarias condiciones económicas y de salud, y con exclusión y discriminación en las ciudades.

Para mejorar esto e inspirado por las ideas de la Revolución Francesa, Bolívar prometió libertad e igualdad de derechos a los afro.

La independencia se alcanzó primero en Arauca y los Llanos. Luego se lograron victorias en las provincias de Pasto, Popayán, Cartagena, Santa Marta y Riohacha, contando en muchas batallas con la participación de los soldados afro, unos cinco mil, quienes usualmente fueron carne de cañón (eran los primeros en luchar y caer bajo el

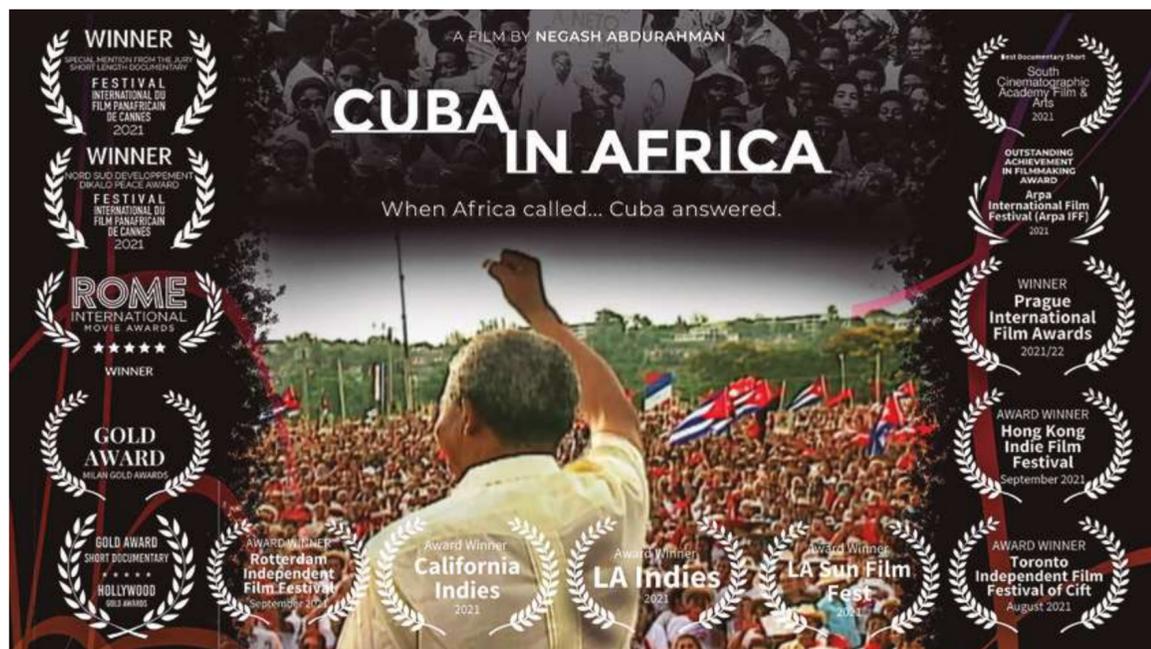
fuego enemigo: su muerte permitía establecer qué armas tenían los realistas y desde donde disparaban). También actuando como espías, haciendo emboscadas en los caminos, cocinando en los campos y recogiendo a los heridos... En 1823 y tras la batalla de Maracaibo (guiados por Prudencio Padilla, afrodescendiente), se selló la independencia de la Nueva Granada, solo que las promesas del Libertador no pudieron cumplirse y eso nos lleva a las élites criollas. ¿Qué hicieron?

Embolatar la pita: la traición de las élites

Nuestras élites traicionaron los ideales que decían representar: “mantuvieron la estructura de gobierno esclavista que tenían los españoles”, como lo recuerda el profesor José Guillermo Ángel. “siguieron mandando como lo hacían los europeos en otros virreinos”, de acuerdo con el escritor Mauricio Chaves Bustos, creando la ley de “Libertad de vientres” para postergar la liberación de los hijos de esclavas, pidieron indemnizaciones por “los sirvientes que les quitaron, crearon “leyes contra la vagancia”, según las cuales un blanco podía denunciar a un negro por “estar haciendo nada”.

Esta realidad cambió poco cuando se expidió la ley “sobre la libertad de los esclavos” en 1851, puesto que la población afro siguió invisibilizada, ocultándose su rol en la construcción de un país donde pocas veces se menciona a negros que pudieron acceder a los círculos de poder (Benkos Biohó, quien negoció con la colonia; Juan José Nieto Gil, quien gobernó durante la Confederación Granadina en 1861; Diego Córdoba, que logró que Chocó fuese departamento en 1947). Fue solo a partir de la Constitución del 91 que cumplió hace poco treinta años, cuando las cosas comenzaron a cambiar, abriéndose un camino para que muchos jóvenes libres —inspirados en estos héroes invisibilizados— escriban hoy una nueva historia. ©

Más imágenes sobre #historia y #cultura en bibliotecapiloto.gov.co/bpp/digital.



Afiche oficial del documental *Cuba in Africa* con todo su palmarés.

Yo, Jhonier Leal, habiendo apuñalado a mi madre y a mi hermano



por JOSÉ ARDILA • Ilustración de Camila López

Entre los detalles del asesinato de Mauricio Leal y de su madre, hay tres, sobre todo, que perturban la imaginación del gran público. Primero, que el asesino sea Jhonier, el hermano de Mauricio. Segundo, que Jhonier haya confesado tan fácilmente —negó en audiencia el crimen y cambió su declaración en solo doce horas—. Tercero, que, a pesar del misterio inicial, hubiera dejado semejante rastro de torpezas: los testimonios

contradictorios; la supuesta nota de voz que grabó Mauricio en su celular, pero que, como lo comprobó la Fiscalía, fue fingida por el mismo Jhonier; la carta forzada de suicidio que nombraba a hermanos y sobrinos herederos; las manchas de sangre mal limpiadas en el baño como consecuencia de limpiar bien las manchas de sangre en las escaleras; la posición de los cuerpos; el desalojo de las cuentas bancarias —Jhonier sacó más de sesenta millones de las cuentas de Mauricio casi

inmediatamente después del asesinato—; la desesperación por vender la casa de su hermano y agilizar la sucesión a su favor.

“Hay algo que no cuadra”, han dicho los televidentes, los lectores de noticias, los usuarios de Twitter.

Lo han dicho algunos de los familiares de Jhonier cuando se han atrevido a hablar en medios: “Hay algo que no cuadra”.

Y lo han dicho periodistas y personajes de la *jet set* nacional, porque, como hemos visto, este es un asunto

que le compete, más que a la justicia, a la farándula: es una prolongación *noir* del espectáculo. Por algo las novedades sobre el crimen no aparecen en las secciones judiciales de los periódicos, sino en las de entretenimiento, junto a las pataletas del *influencer* Yeferson Cossio por tener que pagar impuestos en Colombia, los pormenores de la telenovela que protagoniza Pipe Bueno y los precios escandalosos del concierto de Bad Bunny. La muerte del peluquero que se volvió famoso por atender a

los famosos —famoso por asociación— es un chisme altamente rentable: cosas malas les suceden aun a los que brillan por encima del mundo.

Pero ¿hay, de verdad, algo que no cuadra?

¿Qué? No hay prácticamente nadie que pueda decir ahora que Jhonier Leal no es culpable. La incomodidad está en que no terminan de entender, les hacen falta piezas. ¿Por qué mataría a su hermano y a su madre a puñaladas, si se querían tanto, si se veían tan felices, si Mauricio lo recibió en su casa y le dio trabajo en su peluquería en pleno proceso de divorcio, si le tendió la mano a él y a su familia, si pagó sin condiciones el arriendo y la nómina entera de la peluquería de Jhonier recientemente en quiebra? ¿Solo por dinero? ¿Por envidia? ¿Por qué Jhonier se iba a tomar todo el trabajo de matarlos para confesar tan rápido, sin más ni más, sin dar la pelea jurídica a la que tenía derecho? ¿Qué ha pasado tras escena? ¿Está protegiendo a alguien? ¿Es creíble que esta sea la obra de una sola persona? ¿Lo están amenazando? ¿Encubre la verdad por miedo o por amor o por locura? ¿Por qué si es tan malo, dicen, también ha sido, en la práctica, tan imbécil?

Esa necesidad excesiva de sentido, el sueño de la razón —diría Goya—, produce monstruos. A principios de los setenta, Michel Foucault publicó, con otros investigadores, un libro curioso, inusual en su bibliografía, que hoy podría ser clasificado en las librerías como una novela de no ficción, y que es posible que me ayude ahora a aclarar un poco lo que intento decir. El libro recoge, en orden cronológico, la transcripción de un proceso judicial y las notas de prensa de un crimen sucedido en 1815, en Aunay, un pequeño pueblo francés. El título fue tomado textualmente de las primeras líneas del testimonio escrito por el protagonista: “Yo, Pierre Rivière, habiendo degollado a mi madre, a mi hermana y a mi hermano”.

No hay misterio. Pierre, un campesino joven, sin educación, conocido como el idiota del pueblo, un día asesina a su madre, a su hermana y a su hermano. Luego huye y es buscado. Luego es capturado casi por accidente. Luego confiesa. Luego lo condenan a muerte. Luego lo perdonan, porque lo consideran loco. Luego se suicida en prisión.

Lo fascinante del libro no es tanto el crimen, que tiene la brutalidad esperable en la violencia espontánea, sino la construcción colectiva del relato alrededor del asesino. Las ideas, los prejuicios de los testigos, la exploración variable de los motivos, nunca creíbles del todo, la percepción del público de su tiempo. Es decir, toda la ficción.

Les parecía inicialmente a los vecinos que, en tanto idiota, casi un salvaje, Rivière no podía ser un hombre piadoso y esto explicaría la atrocidad de la que fue capaz. No tenía la inteligencia necesaria para acceder a Dios: “Nosotros, los consejeros municipales y propietarios de la comuna de Aunay abajo firmantes, atestigüamos que sabemos perfectamente que el llamado Pierre Rivière, acusado de triple homicidio, siempre, desde la edad de doce

a trece años, manifestó un carácter tan sombrío, tan extraño, tan apartado que todas las personas que le veían pasar (pues no tenía la más mínima relación con nadie) decían: mira, por ahí va el imbécil de Rivière”.

Pero, conforme avanzan los testimonios, el lector se puede ir enterando de que Rivière no era tan idiota al fin y al cabo. Jean Louis Siriray, el cura de la comuna de Aunay, que lo conocía algo más de cerca que el resto de la gente, le reconoció cierta aptitud para las ciencias y una memoria extraordinaria. “Pero”, dijo, “me parecía que tenía como un sesgo en la imaginación”.

Rivière llegó a descreer de Dios por ese sesgo. Como había leído en almanaques y libros de geografía que la Tierra estaba dividida por océanos en varios continentes, “en partes”, pensaba que si Adán había sido creado en una de estas partes no debió ser posible que poblara “en su posteridad” las otras. Después, sin embargo, por ese mismo sesgo, que le permitía leer y tener ideas propias, volvió a la fe y la vivió intensamente. Era, a su manera, un hombre brillante y sensible. Y aunque, no todo debía funcionar bien en su cabeza para hacer lo que hizo, sus motivos no eran del todo tontos ni salvajes, sino, en un sentido desde luego retorcido, prácticos: “Diré la verdad”, escribió en su confesión, “es para sacar a mi padre de apuros que hice lo que hice. Quise liberarlo de una mala mujer que le hacía la vida imposible continuamente desde que era su esposa, que lo arruinaba, que le llevaba a una tal desesperación, que a veces se había sentido tentado a suicidarse. Maté a mi hermana, Victoire, porque se puso del lado de mi madre. Maté a mi hermano porque quería a mi madre y a mi hermana”.

Más tarde agregó que mató a su hermano para que el duelo de su padre fuera más llevadero. Degollando al hijo querido por el padre, se hacía odioso a sus ojos y, de este modo, le evitaba “cualquier posibilidad de sentir su pérdida”. Es decir, le quitaba la obligación de extrañar al asesino como a otro hijo perdido.

El último asesinato fue un acto de amor.

No era, pues, un ignorante de las enseñanzas divinas. Y si ciertamente no era un imbécil, como creían en el pueblo, el relato, la ficción, debía de cambiar: ahora, traicionado por su propia inteligencia, y por el dolor de la vida de su padre, Rivière terminó convertido en un loco homicida que, pensándolo bien, debió haber sido loco, que no tonto, toda la vida, solo que nadie se había fijado suficiente cuando todavía tenían tiempo de fijarse.

“He oído decir por las gentes”, afirmó el cura del pueblo, “que había llegado a perseguir a un niño con una guadaña, un niño que jugaba en el patio; pero también decían que no pasaba de ser una broma. Nadie se hubiera acordado de esto si no fuera por los crímenes”.

Era un monstruo distinto al del principio, pero monstruo al fin y al cabo. Como monstruo, fue estudiado por médicos —uno de ellos le diagnosticó melancolía—. Se escribieron canciones populares sobre su infancia que recorrieron Francia, todas con la realidad distorsionada. Y la prensa de la época escribió con tal intensidad sobre

el caso, dice uno de los comentaristas finales del libro, que es posible que haya tenido que ver con la conmutación final de la pena.

También el relato alrededor del asesinato de Mauricio Leal y su madre, Marleny, ha cambiado con el tiempo. Durante los primeros días, cuando la posibilidad más clara era que se trataba de un suicidio, el público especuló y reflexionó sobre la salud mental en tiempos de pandemia, sobre lo que tendría que suceder en alguien para que acabara con su vida y con la de su madre y de una forma tan violenta. Se habló de deudas. De plata mal habida. De movimientos sospechosos. La Fiscalía abrió incluso una investigación por lavado de activos. No era creíble que un peluquero tuviera un patrimonio de cinco millones de pesos, propiedades en los barrios más caros de Bogotá, carros de alta gama, una moto BMW, dinero permanente para cubrir los huecos financieros de toda la familia. El monstruo era Mauricio.

Cuando las sospechas se dirigieron con firmeza hacia el hermano, la posibilidad de lavado de activos pasó, directamente, a un segundo, tercer, cuarto plano. Una cliente habitual del asesino dijo que siempre supo que él envidiaba a Mauricio porque su peluquería se mantenía llena de anónimos y nunca iba ningún famoso. Otras compartieron los pantallazos de mensajes de Jhonier anunciando, “friamente”, que seguiría trabajando a pesar del asesinato reciente de su hermano. El chófer de Mauricio declaró que Jhonier iba a poner en venta la casa, porque, le contó Jhonier, hay gente que compra esas propiedades “solo por el morbo”. Una cantante, Shaira, amiga cercana de Mauricio, afirmó que no fue capaz ni de sostenerle la mirada a Jhonier durante el funeral, porque lo sentía demasiado tranquilo, demasiado calmado, y percibía en él una “mala energía”. La Fiscalía, que nunca vio en Jhonier “signos de dolor ni sufrimiento”, comprobó por el uso de sus datos que a medianoche del 21 de noviembre de 2021, el día del crimen, justo después de cometer los asesinatos, se sentó a ver videos de YouTube y mandar mensajes de texto, como si nada hubiera pasado.

Todo esto encaja bien con un hombre que es capaz de matar a puñaladas y a sangre fría a la propia madre y al hermano. Tiene sentido con el relato del monstruo verdadero. Con una ficción más interesante que la de un Mauricio suicida, matricida, testafiero del narcotráfico.

Pero “algo” nunca va a cuadrar completamente.

Llegué a leer reacciones en redes, mientras se transmitía el juicio en tiempo real, sobre lo decepcionante, anticlimático, que resultaba la confesión de Jhonier. “Hemos esperado tanto para esto”. Nos seduce la idea de que haya algo más que impulsos, instinto y rabia detrás del crimen, y en especial de crímenes tan terribles. Ha de haber algo, un juego de ingenio, un villano hábil, un fondo verdadero, una inspiración demoníaca, una locura genuina, superlativa, un “rompecabezas”, como calificó la Fiscalía al asesinato en la etapa inicial de la investigación. Ha de calzar

todo con la gracia y la simetría que le exigimos a un relato bien contado.

Nos seduce, digo, pero también nos protege. La monstruosidad, como ficción, es eso que sucede allá, en los libros, en el periódico, en el televisor, en las redes, no hay manera de que me pase a mí o a mi familia. Está a una distancia segura. Y por eso nos fascina también como espectáculo. No puede hacernos daño. El monstruo no habita entre nosotros o en nosotros, porque es una singularidad, una aberración, una criatura de las pesadillas ajenas.

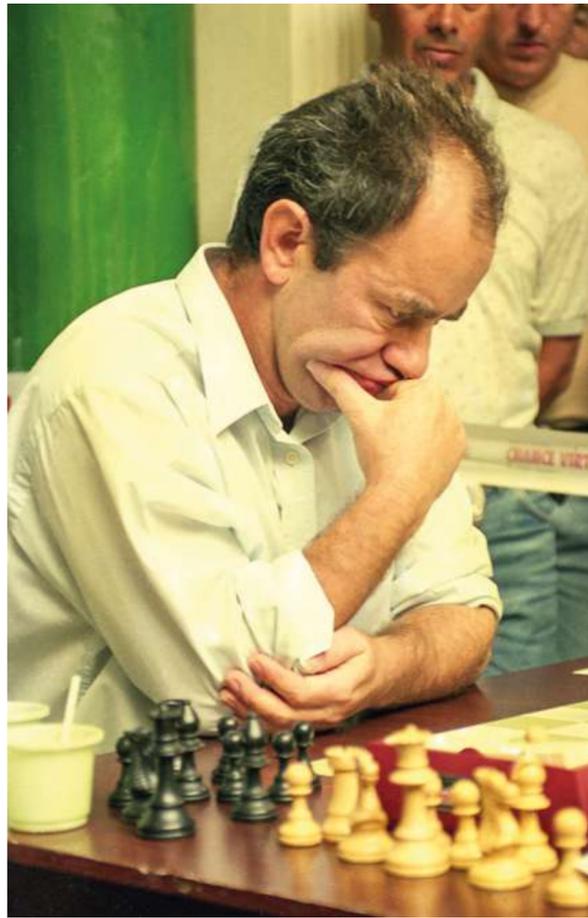
En el mundo perfecto, controlado, de la ficción, el monstruo es una criatura tolerable, deseable, no pocas veces. Hay algo que aprender de lo que hizo Cain contra su hermano, por ejemplo. Hay una trágica ambición en los crímenes de Ricardo III. Hay belleza en el dolor de Medea, que la llevó a matar a sus hijos en venganza de Jasón. ¡Qué triste lo de Edipo!, pero entiende uno con él que no es posible escapar de su destino. Hay sentido del deber en Agamenón, justicia en Clitemnestra, razón en Orestes. No es posible la altura moral que alcanza Hamlet sin el crimen inicial de su tío y de su madre. Hay un entramado de sentido en esos grandes dramas homicidas, históricos o no, que nos reconforta o que nos alecciona o que nos permite ver nuestra vida en perspectiva. Eso, de nuevo, es la ficción: orden, estructura.

La realidad, sin embargo, suele ser mucho más caótica, arbitraria y, en consecuencia, aterradora. ☹

Última movida

Gildardo García, 1954-2021.

por MAURICIO LÓPEZ RUEDA • Fotografía de Édgar Jiménez, el Chino



El álbum de los recuerdos de Vanessa se ha deshecho en las gavetas de la corteza frontal de su cerebro y ahora está desordenado en la plazuela de su hipocampo, al borde de sus ojos, por lo cual algunos de ellos se transforman en lágrimas.

Las imágenes de su infancia se confunden con las de su hija y los momentos que pasó junto a su padre se entrelazan con las más minúsculas y vanas experiencias. Si recuerda que compró la lotería el mes pasado, en la imagen aparece su padre entregándole un billete de diez dólares, o si recuerda haber ido a un parque a tomar café en su periodo de descanso como enfermera, su padre aparece llevándola de la mano hasta la playa. Si recuerda que alguna vez quebró un plato, surge la imagen de su padre abrazándola antes de dormir.

En el inmenso desorden de su memoria, la única imagen común es la de su padre, la de su Cocho, la de Gildardo García, el Gran Maestro de ajedrez que le dio belleza a ese deporte cuando abundaban los jugadores metódicos y memoriosos. Gildardo, en todo caso, no era del todo intuitivo, era más bien estratégico, pero cuando en las partidas ardían los leños, se dejaba llevar por su pasión y se lanzaba al ataque sin ningún atisbo de temor.

Vanessa, quien más que su hija era su compinche, lo recuerda a cada rato, y suman tanto peso esos recuerdos, que parecen una carga real que llevara sobre sus hombros, provocándole un caminar cansino y encorvado, como si ella misma fuera un pensamiento del pasado y sus pasos fueran ilusiones surgidas desde el córtex prefrontal y los lóbulos parietales.

La joven se da golpes de pecho todos los días, y de tanto en tanto se pone a llorar sin consuelo, a plena vista o en privado, y muchas veces es necesario que alguien la atienda o la sostenga, porque el dolor la derrumba. Se enteró de que su padre tenía covid y se duele de las precauciones, las imposibilidades, la impotencia que impone el día después: “Yo pude haber hecho más. Yo pude haberlo cuidado. No debí permitir que lo internaran en un hospital. Me duele mucho pensar en eso”, dice Vanessa atacada por las lágrimas.

Gildardo García es considerado uno de los mejores ajedrecistas colombianos de todos los tiempos, y sus mejores partidas, que él mismo catalogaba como “verdadero arte”, le han dado la vuelta al mundo y están impresas en libros y en revistas especializadas.

Ganó diez títulos nacionales, el primero en 1977 y el último en 2006, y, según la página especializada www.old.chesstempo.com, disputó 1038 partidas internacionales a lo largo de su dilatada carrera, de las cuales ganó 393 e hizo tablas en 333.

Su primera partida, de acuerdo con ese registro, la disputó el 3 de agosto de 1969, frente a Ivo Ryc, y su última, el 18 de junio de 2017, en un torneo continental disputado en Medellín, y en el que además perdió, en la tercera ronda, frente a un niño de trece años, José Cardoso. Ese último duelo lo enfrentó a Rodrigo Vásquez, el maestro García jugó con las blancas y realizó una defensa siciliana con variación Najdorf, y lo perdió.

A nadie, sin embargo, le importó el resultado. Todos querían verlo jugar, aunque cayera derrotado, porque su leyenda nunca se diluyó, al contrario, con los años se hizo más grande. Su gran ídolo fue Viktor Korchnói, nacido en Leningrado, con algo de loco, quien se mantuvo en la élite del juego hasta los setenta años de edad, enfrentando a gigantes como Karpov y Kasparov, a quienes nunca pudo vencer.

Korchnói, al igual que Gildardo, siempre fue agresivo en el juego, sacrificando sus mejores piezas y arrinconando a sus rivales para luego arrasarse por los flancos. Era un experto en las aperturas siciliana y española y, sin importar lo que viniera, hacía variantes sobre la marcha que arrancaban suspiros a quienes asistían a sus partidas. Se escapó de la Unión Soviética durante un torneo en Países Bajos, en 1976. Pidió asilo y no regresó a Leningrado, ciudad en la que se salvó de la muerte durante el asedio nazi en la Segunda Guerra Mundial. Su huida desató una ola de furia contra él y su familia pero nunca se arrepintió. Luego, a los 47 años de edad, solicitó asilo en Suiza y vivió allí hasta su muerte, en 2016, con 85 años.

Korchnói siempre fue un objetivo a vencer por parte de los rusos. Sus enfrentamientos con Karpov y Kasparov eran a puro fuego. Se pateaban bajo la mesa, se insultaban, se presionaban psicológicamente. Korchnói pocas veces pudo vencer a los monstruos de Zlatoust y Bakú, pero siempre los puso en aprietos. Era el tiempo de Bobby Fischer, y en el mundo del ajedrez se generó una tormenta revolucionaria que atrapó a varias figuras en todo el mundo.

Gildardo García, de algún modo, también se consideraba un contestatario. Sus orígenes habían sido humildes. Nació en Aranjuez y nunca tuvo dinero. Iba a los torneos a pie, o en bus, y a veces jugaba todo el día sin probar bocado. También tuvo a su Karpov o a su Kasparov. Su gran adversario de siempre fue Alonso Zapata, otro Gran Maestro antioqueño. Zapata era de clase media alta y, la verdad, un tanto arrogante. Gildardo, en cambio, era buen tipo, pero callado, demasiado callado. La gente pensaba que era asocial, malhumorado, pero en realidad era introvertido y concentrado.

Para García, el ajedrez era lucha, resistencia. Cuando perdía, se quedaba toda una semana analizando la partida, los movimientos, y luego corregía esos errores. Su obsesión con el tablero lo transformó en un ser distraído y distante. A sus hijas, Melissa y Vanessa, las veía poco y, cuando compartía con ellas parecía no estar. Les respondía las

preguntas a medias, con monosílabos o de manera tardía.

Se le olvidaban las cosas. A veces se perdía torneos porque no recordaba comprar los tiquetes, o botaba el pasaporte, como le pasó una vez, cuando fue invitado a un torneo en Cuba, puso el pasaporte al lado de otros en un mostrador y alguien se lo llevó por error.

Con Alonso Zapata se enfrentó más de cien veces y ganó la mayoría de las partidas. Con el tiempo se volvieron amigos y, conversando, descubrieron que admiraban a los mismos ajedrecistas, Korchnói entre ellos. Zapata le ayudó en sus últimos días, donándole dinero en medio de la pandemia. Y es que Gildardo se marchó con su familia para Estados Unidos huyéndole a la peor violencia del narcotráfico. Se instalaron primero en Connecticut y luego en Florida. El maestro tuvo que trabajar durante un tiempo como jardinero, mientras que su esposa, Martha Lucelly, hacía labores de limpieza en casas y hoteles. Luego, cuando la vida mejoró un poco, Gildardo formó una academia para niños y jóvenes, y con eso sostuvo a su familia y se mantuvo alejado de la locura.

“El no podía estar alejado del ajedrez, no lo soportaba. Trabajar con niños y con jóvenes le ayudó mucho y, la verdad, ni siquiera lo hacía por la plata, porque muchas veces, con las ganancias, les regalaba fichas y tableros a sus alumnos”, cuenta Vanessa.

La llegada de la pandemia provocó el cierre de la academia y el maestro se dedicó a dar clases virtuales. El eterno tiempo libre lo utilizaba para disfrutar de su nieta Olivia, la pequeña hija de Vanessa, de cinco años: “Esa es la imagen que guardaré para siempre. Mi padre siendo abuelo, cargando en hombros a Olivia por las playas de la Florida. Queriéndola, enseñándole ajedrez y relándole cuentos en las noches”.

Ese era el lado soleado del maestro, uno que pocos tuvieron el privilegio de conocer. Los demás seres con quienes trató, sobre todo los ajedrecistas, padecieron su lado duro, frío, oscuro. Ese lado de ir siempre con el cuchillo entre los dientes, de vivir las partidas como una guerra, como un asunto de vida o muerte. Era comprensible, pues García se obligaba a ganar hoy, para poder comer mañana.

Por eso llevaba al límite a sus contendores, al punto de enfurecerlos. En 1990, por ejemplo, cuando venció a Walter Shawn Browne, considerado el sucesor de Bobby Fischer, en Jacksonville, California, el norteamericano estuvo a punto de tumbar la mesa, frustrado por la fácil victoria del medellinense, quien lo doblegó con una defensa clásica y un ataque explosivo con sus torres y sus peones. Ese día, Browne manifestó: “Si lo vuelvo a enfrentar, y pierdo de nuevo, me retiro del deporte”. No sucedió ni lo uno ni lo otro.

Esa misma temporada, en el abierto de Filadelfia, derrotó al GM inglés Julian Hodgson, humillándolo con una jugada Ag5 y añadiendo un ataque Levitsky. Hodgson era un mimado del Reino Unido, cuatro veces campeón británico y dos veces medallista en las olimpiadas de ajedrez. “Este hombre juega a morir siempre, como si no hubiera una mañana”, contó el inglés poco después a la prensa refiriéndose a García.

Otra gran demostración fue en 1993, cuando le ganó al ruso Alex Yermolinsky en el abierto de St. Martin. Lo venció con dos peones y los alfiles, tras sacrificar la reina y las torres.

En muy pocas ocasiones el maestro sucumbió ante la presión. En la Olimpiada 26, en Tesalónica, Grecia, tenía todo servido para llevarse el oro, tras derrotar al CM (candidato a maestro) cubano Amador Rodríguez con una potente jugada Panov de la línea Caro Khan. El capitán de Colombia, Boris de Greiff, lo obligó a jugar con blancas ante el noruego Ogaard, y aunque Gildardo comenzó con ventaja, luego no supo cerrar la partida y perdió tras varias horas de juego.

Mucho mejor le fue en la Olimpiada de Haifa, Israel, en 1976, cuando derrotó al austriaco Andreas Duckstein y al estadounidense James Edward Tarjan, usando en ambas partidas una defensa siciliana con variante dragón.

Como Korchnói, era un abonado a la apertura española y a la apertura gambito de dama con variante Tartakower. Con esas jugadas enfrentó y venció a maestros de la talla de Gennady Timoshenko, Efim Geller y Tamaz Georgadze. También, con el gambito de dama, venció en Medellín, en 1985, al ruso Georgy Agzamov, acorralando a su rey con un par de peones, la reina y las dos torres.

Su última gran victoria ocurrió en 2001, cuando en un Continental en Cali, derrotó al GM argentino Pablo Ricardi, quien había vencido, años atrás, a Karpov y Kasparov en un torneo en honor a Najdorf. ¡Ay, qué jugador que era García!

Era capaz de todo. Salida con defensa india de rey, sistema clásico; caballo f3, peón c4, caballo c6, e4, d4; apertura francesa con variación Tarush; apertura española, con E4, conocida como Ray López; variante dragón del ataque yugoslavo avanzando los peones h y g; apertura siciliana con variante dragón. Era el Korchnói criollo y, como el original, se escapó del país por la guerra, aunque siempre lo extrañó, lo extrañó tanto, que en diciembre de 2020 no se aguantó y se vino a pasar la Navidad en el apartamento de una de sus hermanas. Allí se contagió de covid y falleció dos meses después, el 15 de febrero, con apenas 66 años.

“Todavía tenía mucho por vivir y por ver. Y yo pude cuidarlo y ayudarlo. En mis manos no habría muerto”, se da golpes de pecho Vanessa, quien siempre que recuerda esa historia se quiebra.

Se fue solo, abandonado en una unidad de cuidados intensivos. Nadie en su familia pudo correr a auxiliarlo, algunos por el inconveniente de la distancia y otros por prevención. No hubo defensa ni ataque que pudiera menoscabar la muralla del virus.

“Fue un gran hombre. Yo nunca comprendí la inmensidad de su legado hasta que murió. El cubrimiento de los medios, el amor de la gente en todo el mundo, eso me causó una alegría incomparable. Por eso me duele más su muerte, porque en vida debí decirle más que lo amaba, y que lo admiraba”, expresa Vanessa, quien también aprendió a jugar ajedrez cuando era niña, aunque su padre le prohibió competir a nivel profesional: “El no quería que me frustrara si perdía, y por eso no permitió que me inscribiera en los torneos”.

Fue el segundo Gran Maestro colombiano, después de Alonso Zapata, cuando alcanzó ese título era un verdadero privilegio. Hoy día Colombia cuenta con ocho GM, entre ellos, además de Zapata, Carlos Cuartas, Álder Escobar, Sergio Barrientos, David Arenas y Andrés Gallego.

Gildardo se hizo a pulso y con muy pocos recursos. Aprendió a mover las fichas gracias a un primo, Omar, quien lo instó a visitar el Club Maracaibo, a donde también iban Oscar Castro y Carlos Cuartas. Fue mensajero de la Liga de Ajedrez durante varios años y era supremamente hábil jugando a la ciega. Nació el 9 de marzo de 1954 y, al momento de su fallecimiento, ocupaba el puesto catorce del escalafón nacional.

Amaba la música clásica, los tangos y los boleros. Se pasaba tardes enteras leyendo y pensando en el ajedrez, pero cuando sus hijas lo necesitaban, corría a ayudarles en lo que fuera y como pudiera: “Mi papá nunca tuvo dinero, pero si se daba cuenta de que yo necesitaba comprar algo, de algún modo conseguía plata y me la daba. Moría por nosotras, por mamá y por nosotras sus hijas. Lo extrañaré toda la vida”, dice Vanessa, quien guardará en su corazón la mayor herencia que pudo haber recibido, enfrentar los problemas de la vida con humor y alegría. “Muchas veces no teníamos con qué comer, o con qué pagar las cuentas, y mi papá, para no preocuparnos, nos hacía chistes, nos sacaba sonrisas. Eso es lo más hermoso que pudo enseñarnos”. ©

LIBRERÍA
grámmata

“Amar la lectura,
es trocar horas de hastío
por horas de inefable
y deliciosa compañía”

John Fitzgerald Kennedy.

SEDE PRINCIPAL
Librería Grámmata,
Calle 49 #75-33
604 - 260 56 85

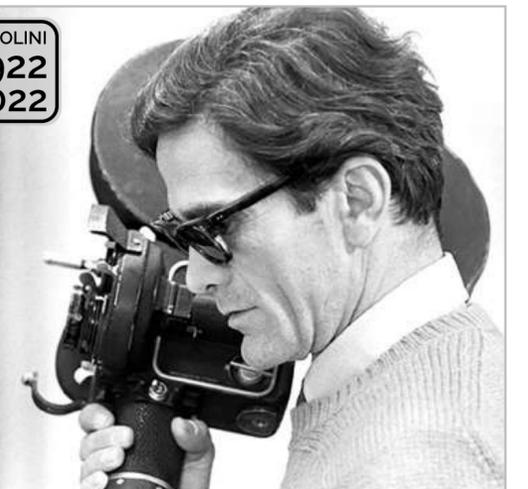
SEDE LAURELES
Carrera 76 #73 B 40
312 841 20 64

SEDE PASCASIA
Carrera 42 #46 46
310 35 00 117



@LIBRERIAGRAMMATA

PASOLINI
1922
2022



CURSOS Y TALLERES DE CINE

1ER. SEMESTRE 2022

GUIÓN I PARA PRINCIPIANTES | MARZO - JUNIO (ON LINE)
TALLER DE GUIÓN PARA GUIONISTAS | MARZO - JUNIO (ON LINE)
GUIÓN DE NARRATIVAS DIGITALES NIVEL I | MARZO - JUNIO (ON LINE)
SEMINARIO EN APRECIACIÓN DE CINE | SEPTIEMBRE - OCTUBRE
PIER PAOLO PASOLINI | ONLINE / PRESENCIAL
(grabadas para aquellos que no puedan asistir)





INSCRIPCIONES | info@cinemilla.org.co | www.cinemilla.org.co | +57 3004707251 / Medellín - Colombia

<< Viene de la página 2

EL GODO

David Barguil (Cereté, 1981). Candidato del Partido Conservador.

EL FINALISTA

Gustavo Petro ha adquirido la postura del finalista, el que corre por delante a la espera de su rival y mira con algo de condescendencia a sus perseguidores. Eso le entrega una seguridad unas veces espontánea y otras veces alentada con unos tragos en tierra caliente. Es sin duda el más locuaz de los candidatos, Gustavo Francisco suelta su oratoria y su oído lo convence de que habla Jorge Eliécer. Su sueño no es la Casa de Nariño completa sino su balcón con vista a la Plaza de Bolívar. Sus posibles alocuciones son el terror de la parrilla de la TV. Disfruta como ninguno de los duelos retóricos: responde de revés con una calma socarrona, con la derecha la tira corta y cuando le juegan al centro suelta datos propios, interpretaciones muy suyas y teorías del idealismo mágico. Porque es también un gran inventor. Para esta, su tercera campaña a la presidencia, ha decidido abrir su pacto: la Colombia Humana demasiado humana incluye pastores cristianos, políticos curtidos y empapelados, caudillos santistas, liberales conversos, lagartos emergentes y expresidentes en remojo. Sabe que el caudillo necesita caudal por otras vertientes. Todos los candidatos ruegan para que se les aparezca el coco, una pelea con Petro es el sueño para mojar portada, la respuesta a un trino, la oportunidad de ser tendencia, hasta una selfi se le acepta al más *influencer* de la carrera presidencial. El malo de la película ha seducido a sus rivales. Pero Petro desconfía de su sombra, es malo para el deporte de conjunto y no cree en el mundo que se creó antes de sus ideas. Además, está seguro de que la paranoia es un sexto sentido. Para vice suena Verónica Alcocer. ¿Si en la Argentina de CFK se puede por qué aquí no? Muchos señalan la gran falencia del favorito: no sabe reír por cuenta propia, sonrío con un lado de la cara mientras se vigila con el otro.

LA INTOCABLE

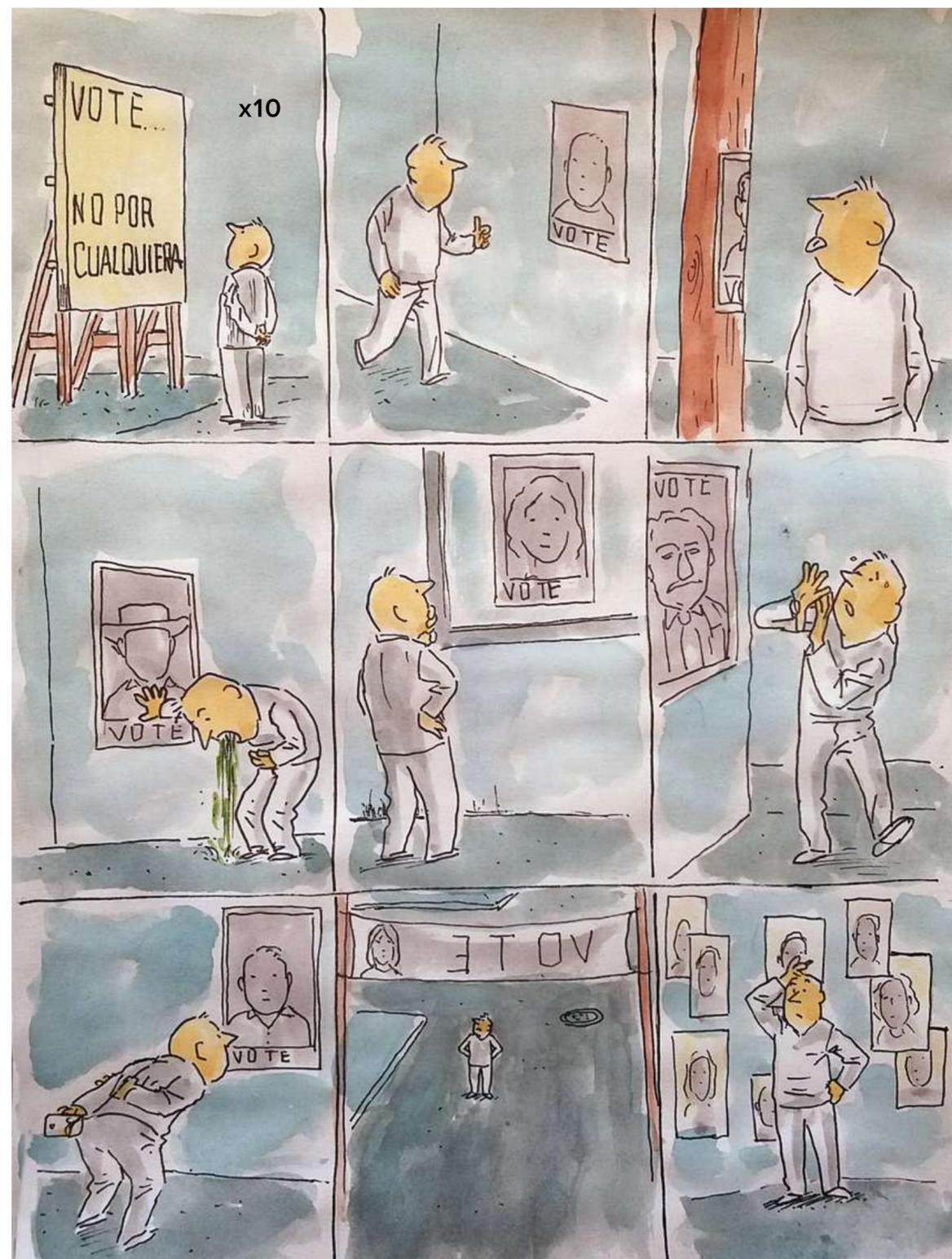
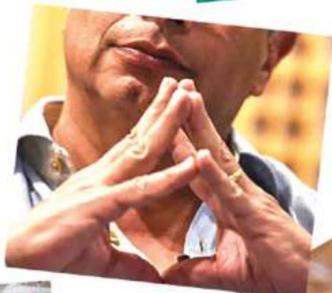
Francia Márquez ha defendido durante años un corregimiento de Suárez, Cauca, llamado La Toma: contra mineras, torcidos, la coca y otras hierbas. En la democracia que no existe, según su opinión, ha logrado un respeto y un reconocimiento a su trabajo y su valentía. Por eso es la candidata más temida de la campaña: una mala mirada suya puede convertir a cualquier aspirante en estatua de sal. En una carrera de decenas de hombres hay una mujer con todas las características de la jugadora intocable. El más mínimo error en las palabras o los modales frente a su figura merecerá roja directa. Márquez es la candidata inspiradora en medio de un proceso en el que sobran el desprestigio y el desgaste de los candidatos. Pero en política se necesitan rivales, no solo competidores condescendientes. El exceso de pretendientes ha sido su gran dificultad, cuando ha necesitado *sponsoring* ha encontrado *sponsor*. Hace cuatro años se quemó con ocho mil votos en una circunscripción afro. No quedó ni en la foto de esa Cámara. Pero hoy es estrella en la tarima electoral, aunque sabemos que no todos los que aplauden votan. Hasta ahora está mucho más cerca de un premio internacional que de un cargo de elección popular. Mirar feo a Petro por algunos de los pactos histriónicos dejó ver que su valor está en todos los campos. Gustavo sería, sin duda, un vice algo tóxico. Con ella, la Casa de Nariño sería otra.

LA AGRIA EN EL CORAZÓN

Íngrid Betancourt habla muy bajo y muy dulce. Es extraño oír a una voz susurrante en la política. Una voz que no se sabe si es calma, simulada, ingenua o maliciosa. Igual ella mezcla todos los idiomas. Íngrid suena con un acento cada vez más exótico por sus lejanías de tiempo y espacio. Hablando de años hay que decir que su cautiverio marcó la política colombiana y la convirtió en una víctima icónica de un conflicto que ya es historia. Tenemos hasta cuadros de Botero con su figura en la selva hace quince años. Y hablando de kilómetros se nota mucho que vive muy lejos y que es distinto acumular millas a reunir votos. Íngrid nunca ha vivido el *jet lag* de un trayecto *non-stop* de Transmilenio. Tal vez por eso se enteró hace unos días de que Alex Char tenía maquinaria y le mostró al país que César Gaviria hace política tradicional. Gracias a Íngrid y a Faryd. Su Frente de Liberación de las Maquinarias es en realidad una *performance* contra los partidos: porque el teatro también es poder. Íngrid tiene la triple nacionalidad: Colombia, Francia y el Caguán. Para su fórmula no suenan ni Piedad Córdoba ni Claudia Rojas ni Alejandro Gaviria. Está revisando pasaportes. La Casa de Nariño sería la *Maison de Antoine*, un exclusivo hotel *boutique*.

EL PROFESOR QUE NO SABÍA

Alejandro Gaviria se lanzó a la presidencia con un megáfono con las pilas a medio tanque. Dos raperos venezolanos, viendo la falta de sonido, le prestaron el micrófono para su primera manifestación. Un poco de osadía, ingenuidad y despiste. Su primer lema de campaña fue "Bendita duda", evocando un vallenato de Otto Serge. Si Gaviria fuera un ajedrecista habría perdido por reloj su partida antes de mover la primera ficha. La decisión no es su verbo rector. Pero el tarjetón es siempre una tentación y terminó intentando convertir sus charlas en discursos. Al menos en la campaña al final de la oratoria no hay preguntas del público sino refrigerio. Cesar Gaviria marcó la segunda vacilación: llamadas, invitaciones, desmentidos. Luego el cónclave con la Coalición de la esperanza: titubeos mutuos, dilemas, comunicados recelosos. Pero luego resolvió que era la hora del tropel. Y desde ahí ha tenido lances con Íngrid, Fajardo, Robledo, Petro. Tocó entonces buscar el respaldo de Vargas Lleras que tiene la mano multada. Pero sigue hablando con educación frente a sus compañeros de "colisión": "No me pueden privar de conversar con la gente de la política y buscar respaldos". Gaviria muchas veces necesita un traductor simultáneo que ayude a dar claridad: "Busquen sus compinches y despéguelna, pirobos". Se reconoce que tiene la gracia y los tropiezos del debutante en la primera división: sus inicios en el baile de plaza pública hicieron pensar en una candidatura que de verdad rompería el *statu quo*. El 13 de marzo publicará su libro *Siquiera tenemos los partidos*. Su fórmula presidencial aún está decidiendo si acepta. Las propuestas contra el glifosato y a favor del uso del cannabis medicinal y recreativo han hecho que sus críticos más enconados hablen de la Plaza de Nariño como su posible sede de gobierno. ©



Una publicación de **cinéfangos.net**

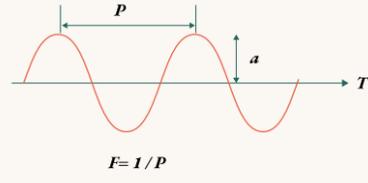
Canaguar **Revista de cine colombiano**

canaguaro.cinefangos.net

Un movimiento que está transformando el aprendizaje



```
if found = 0:  
  announce: "Unknown user"  
else  
  announce: "Known user"  
set found to 0
```



Hola
Hello
(heh·low)